

Las batallas
Leona de

Ángeles González Gamio



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



CONSEJO EDITORIAL
DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

MAPorrúa

Las batallas de *Leona*



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

MESA DIRECTIVA

Dip. DULCE MARÍA SAURI RIANCHO
Presidenta

Dip. DOLORES PADIERNA LUNA | Dip. XAVIER AZUARA ZÚÑIGA
Dip. MARÍA SARA ROCHA MEDINA
Vicepresidentes

Dip. MARÍA GUADALUPE DÍAZ AVILEZ | Dip. KAREN MICHEL GONZÁLEZ MÁRQUEZ
Dip. MARTHA HORTENCIA GARAY CADENA | Dip. JULIETA MACÍAS RÁBAGO
Dip. HÉCTOR RENÉ CRUZ APARICIO | Dip. LYNDIANA ELIZABETH BUGARÍN CORTÉS
Dip. MÓNICA BAUTISTA RODRÍGUEZ
Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. MOISÉS IGNACIO MIER VELAZCO
Presidente y Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. JUAN CARLOS ROMERO HICKS
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. RENÉ JUÁREZ CISNEROS
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. REGINALDO SANDOVAL FLORES
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. FABIOLA RAQUEL GUADALUPE LOYA HERNÁNDEZ
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. JORGE ARTURO ARGÜELLES VICTORERO
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

Dip. ARTURO ESCOBAR Y VEGA
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. VERÓNICA BEATRIZ JUÁREZ PIÑA
Coordinador del GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD



CONSEJO EDITORIAL

Dip. JOSÉ GERARDO RODOLFO FERNÁNDEZ NOROÑA

Presidente

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. RICARDO DE LA PEÑA MARSHALL

Coordinador del Órgano Técnico

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

Integrantes

Dip. HIREPAN MAYA MARTÍNEZ

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. ANNIA SARAHÍ GÓMEZ CÁRDENAS

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. BRASIL ALBERTO ACOSTA PEÑA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. ALAN JESÚS FALOMIR SÁENZ

GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. FRIDA ALEJANDRA ESPARZA MÁRQUEZ

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. LETICIA MARIANA GÓMEZ ORDAZ

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Mtra. GRACIELA BÁEZ RICÁRDEZ

Secretaria General

Lic. HUGO CHRISTIAN ROSAS DE LEÓN

Secretario de Servicios Parlamentarios

Lic. FABIOLA ELENA ROSALES SALINAS

Directora de Servicios de Investigación y Análisis

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE

Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

C. INGMAR OMAR SANDOVAL ENRÍQUEZ

Secretaría Técnica

C. VALERIA CEPEDA RUIZ

Coordinación y Enlace Editorial

C. JAZIVE JAZMÍN REUS ARCOS

Asesoría y Asistencia Parlamentaria

Las batallas de *Leona*

Ángeles González Gamio



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA



MAPorrúa

MÉXICO

2021

929.44

G643

González Gamio, Ángeles

Las batallas de Leona / por Ángeles González Gamio -- 1ª ed. -- México :
Cámara de Diputados, LXIV Legislatura : Consejo Editorial. H. Cámara de
Diputados : Miguel Ángel Porrúa, 2021.

134 p. ; 14 × 21 cm -- (Historia de México)

ISBN 978-607-8621-94-1 CÁMARA DE DIPUTADOS

ISBN 978-607-99100-0-6 MAPORRÚA

1. Historia de México. 2. Biografía. 3. Siglo XIX. 4. Independencia de México

Coeditores de la presente edición

CÁMARA DE DIPUTADOS, LXIV LEGISLATURA

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera edición, junio del año 2021

© 2021

ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO

© 2021

Por características tipográficas y de diseño editorial

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-8621-94-1 CÁMARA DE DIPUTADOS

ISBN 978-607-99100-0-6 MAPORRÚA

Imagen de portada: María Leona Vicario.

Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec.

INAH. Secretaría de Cultura

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de MAPORRÚA en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000, Ciudad de México

*Para las mujeres de mi corazón
que todos los días están en la batalla:
Ángeles, Ana Victoria,
Emilia, Laura y Cali*

AGG



El alegre Puente de Roldán era muy concurrido pero no por gente que buscaba el placer y el aire puro, sino por vendedores de toda clase de viandas. Puede decirse que la calle del Puente de Roldán fue el verdadero muelle del canal.

En tiempo de cuaresma, todos los viernes por la mañana el comercio de flores se reanimaba extraordinariamente.

Litografía de Casimiro Castro y Julián Campillo.

Publicada en *México y sus alrededores*. Edición original, México, Decaen Editor, 1855-1856.

El primer encuentro

—Siempre me ha intrigado por qué la memoria guarda ciertos momentos con gran nitidez, y deja en la total oscuridad otros, que pensamos que fueron más importantes.

”De mi padre conservo con claridad el recuerdo de cuando me llevaba a la tienda; estaba en el barrio de La Merced, junto a un canal por el que iban canoas que impulsaban indios con un palo largo. Me sorprendía que no se hundieran por la gran carga que llevaban.

”Casi no se podía caminar por la cantidad de gente, muchos gritando su mercancía. Mi papá terminaba cargándome y yo me abrazaba con fuerza a su cuello. Todavía guardo los aromas del almacén: las especias, los chiles, y en el cuarto del fondo el penetrante olor del bacalao seco.

”Recuerdo el aroma de su puro después de la comida y las caricias torpes que me hacía en las mejillas... y no mucho más.

La mirada de doña Leona Vicario parecía perderse en el pasado lejano cuando me compartía recuerdos de su infancia. Había aceptado platicarme su vida cuando le mostré la entrevista que le hice a doña Josefa Ortiz de Domínguez, con quien comprobé que había cierta rivalidad, aunque disimulada por ambas partes.



Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

No es de extrañar, pues son de temperamento y educación muy distinta: las dos mujeres muy fuertes, pero doña Josefa —de carácter adusto— es más pasión que razón; doña Leona es de trato más suave, de gran cultura y sonrisa fácil, aunque cuando se trata de convicciones y principios se vuelve una auténtica leona.

La visité en una bella casona que fue parte de la restitución de los bienes que le habían confiscado cuando se involucró en la gesta insurgente. Se encuentra a un costado del templo de Santo Domingo, en la hermosa plaza de ese nombre. Está en una esquina, con balcones a la calle con herrería y marcos de cantera; al entrar aparece un patio amplio, es de dos plantas, en la segunda hay un pasillo adornado con macetas de flores.

Me recibió en la habitación donde escribe sus artículos para el periódico *El Federalista*, y los ensayos que lee en las tertulias literarias y políticas que organiza frecuentemente y a las que asisten muchas de las mejores mentes liberales. Durante el periodo de la guerra de Independencia colaboró en los periódicos

insurgentes *El Ilustrador Americano* y *El Semanario Patriótico Americano*.

Me enteré en chismes de tertulia, que en ocasiones escribe artículos de tono fuerte, con un pseudónimo, para el *El Fénix de la Libertad*, un periódico combativo opositor al gobierno de Anastasio Bustamante.

El espacio, muy acogedor, tiene libreros en dos muros, una mesa de trabajo que ella utiliza, un escritorio para don Andrés y dos sillones de piel separados por una mesita redonda con un quinqué.

Aquí nos sentamos por las tardes a charlar entre tazas de chocolate caliente o infusiones de hierbas que tiene en jardineras en el patio, en ocasiones un vinillo dulce de Málaga o un anicete, y siempre diversas golosinas.

El matrimonio es muy afecto a ellas; me cuenta doña Leona que, por las tardes, de regreso a casa, don Andrés suele detenerse en la bizcochería de Ambriz y se surte de mostachones, soletas, rodeos, puchas o huesitos de manteca del Espíritu Santo. Todo esto lo disfrutamos, además de los dulces caseros como los xocostles rellenos de coco o los huevos reales.

Doña Leona me platicaba que en su largo periplo insurgente en el que padeció tantas penurias, nunca dejó de echar de menos los placeres de la mesa a los cuales es tan afecto el matrimonio.

Recién comenzamos las pláticas y es evidente su inteligencia y amplia cultura que cultivó desde niña. El haber sido hija única la

hizo el centro de atención, y al darse cuenta sus padres de la mente brillante que poseía, le acercaron los mejores tutores que le enseñaron idiomas y le abrieron el mundo del pensamiento universal.

Estos conocimientos le dieron una gran seguridad en sí misma, la cual le permitió —cuando quedó huérfana con escasos 17 años— insistir en vivir sola con su servidumbre de toda la vida. Su tío y tutor, Agustín Pomposo, estuvo de acuerdo, y para tal fin adquirió una gran casa en la calle de Don Juan Manuel y la dividió en dos, para que en una viviera Leona y él al lado con su familia y poder estar pendiente de ella.



María Leona Vicario.
Óleo de Benjamín Orozco L.
Colección INEHRM.



Verdaderos retratos de don Gaspar Martín Vicario, natural de la Villa de Ampudia en Castilla la Vieja; familiar del Santo Tribunal de la Inquisición de la Ciudad de México, regidor honorario y diputado del común que ha sido de dicha ciudad; y diputado actual del Real tribunal del consulado de ella, su edad 50 años y nueve meses. De doña Camila Fernández de San Salvador su legítima mujer en segundas nupcias, su edad 50 años, seis meses y de doña María Luisa, su edad 10 años; doña María Brígida, su edad ocho años; doña María Leona, su edad cinco años; las dos primeras hijas del referido don Gaspar y de doña Petra Elías Beltrán su legítima mujer en primeras nupcias, y la tercera hija [doña María Leona] hija de los expresados don Gaspar y doña Camila. Diciembre 29 de 1793. Domingo Ortiz lo pintó en México.

Los progenitores

Leona Vicario nació en la capital de la Nueva España el 10 de abril de 1789, en la casa familiar situada en la calle del Ángel, cerca del Hospital del Espíritu Santo y la calle de San Francisco. La bautizaron en la parroquia del Arcángel San Miguel, a los cinco días de su nacimiento. Su nombre completo fue María de la Soledad Leona Camila Vicario Fernández, pero sólo la llamarían Leona.

Su padre fue don Gaspar Martín Vicario, comerciante oriundo de Castilla la Vieja, España. Muy trabajador y conocedor del oficio muy pronto tuvo éxito económico. Se casó en la Ciudad de México con una mestiza de la que enviudó y con quien tuvo dos hijas que fueron criadas por la familia de la madre.

En segundas nupcias contrajo matrimonio con doña Camila Fernández de San Salvador y Montiel, criolla originaria de la ciudad del Señor San José de Toluca, enlace del que nació Leona.

Don Gaspar tenía un próspero negocio de ultramarinos en el rumbo de La Merced. Vendía tanto mercancías que traía de España como algunos productos que venían de Oriente a través de la flota conocida como la *Nao de China*, que llegaba cada diciembre al puerto de Acapulco. En pocos años logró hacer un capital

de algo más de 160,000 pesos, que en aquellos tiempos se podía reputar por muy considerable.

Doña Camila —la madre— pertenecía a una familia originaria de Toluca, en la que destacaban clérigos y profesionistas, ámbito familiar que valoraba la cultura y el conocimiento. Era una mujer que gustaba de leer y apoyaba obras pías que se dedicaban a instruir a niñas desamparadas.

El marido veía con simpatía esas aficiones de la esposa, que no eran las comunes en las mujeres de esa época, quienes solían dedicarse exclusivamente a dirigir las labores hogareñas que realizaban sus múltiples sirvientes y a su arreglo personal. Por esa razón apoyó totalmente que su hija Leona recibiera una educación esmerada, que incluyera idiomas extranjeros. Leona cultivó las ciencias, la historia, la literatura y las bellas artes.

Desde niña aprendió francés, lo que le permitió leer ya de joven algunos de los escritores que sembraron las ideas que gestaron la Revolución francesa. Muchos de esos libros estaban prohibidos por la Inquisición, pero Leona se las ingeniaba para conseguirlos clandestinamente con comerciantes amigos de su difunto padre.

La independencia de la joven Leona

—¿Cómo fue su vida en la casa que adquirió su tío Agustín?

—Al principio no fue fácil, aunque estaba acostumbrada a estar sola, sobre todo a partir de que murió mi padre, quien era cariñoso y entusiasta y constantemente invitaba gente a la casa. Para mi madre fue un golpe del que le costó mucho tiempo recuperarse, y cuando estaba volviendo a ser la de antes, enfermó, y eso la fue consumiendo poco a poco.

”Sus últimos años yo llevé la casa, claro que con la ayuda de María, el ama de llaves que manejaba al personal, y Rita Reina, quien cocinaba como los ángeles. Estoy segura que los deliciosos platillos que le preparaba a mi mamá ayudaron para que viviera más tiempo. Tomás el cochero y su hijo Isidro también fueron un apoyo importante, sobre todo en la mudanza e instalación de la casa de la calle de Don Juan Manuel.

—¿Ellas se fueron a la casa nueva?

—Por supuesto, y Francisca y Mariana Fernández, quienes eran damas de compañía y buenas amigas, pasaban gran parte del tiempo en la casa. Lo difícil era estar bajo la tutela del tío, quien con muy buena intención me visitaba todos los días para ver que estuviera yo bien y quería que fuera a comer y a meren-



La casa número 19 de la calle Don Juan Manuel, hoy República de Uruguay, Centro Histórico de la Ciudad de México.

Imagen tomada de Genaro García, *Leona Vicario. Heroína insurgente*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.

Col. Biblioteca MAP.

dar constantemente a su casa. No le era fácil aceptar que yo estaba feliz sola con mis libros y mi perro, y muy bien acompañada. Además, seguí con mis estudios y con las clases de pintura con el maestro Tirado, que disfrutaba mucho.

—¿No recibía amistades?

—Sí, invitaba amigas y de vez en cuando organizaba alguna tertulia. Lo más agradable era cuando mi primo Manuel, el hijo mayor de mi tío Agustín, venía con amigos. Él trajo a Andrés; recuerdo sus palabras premonitorias: “prima, te traigo a alguien con quien te vas a entender muy bien, Andrés Quintana Roo acaba de entrar de pasante al despacho de papá y es como tú, un apasionado de los libros y —haciendo un guiño y bajando la voz— de las ideas liberales”.

En ese momento entró su hija Genoveva con una charola con dos tazas, una jarra humeante y un plato con soletas. Muy distinta a su madre, alta y esbelta, pero con los mismos ojos de bella forma almendrada, muy expresivos.

—Doña Rita les manda un atole de capulines para el frío. Ya tomé un pocillo en la cocina y está reconfortante.

”Marina, ¿cómo llegó a ser corresponsal de ese periódico de Boston? A mí me encantaría hacer algo así —preguntó Genoveva.

Doña Leona la interrumpió suave pero firme:

—¡Hija, ahora no es prudente! Marina está trabajando, en otra ocasión la invitamos a una tertulia y que ahí nos cuente.

—Rápido, mamá. ¿Verdad que sí, Marina?

—No hay mucho que contar —contesté—. Mi abuela era escocesa, fue como institutriz a Boston y ahí conoció a mi abuelo, quien hacía gestiones para el gobierno virreinal; se casaron, vivieron en México hasta que ella enviudó y se regresó a Boston. Ahí creció mi padre, que después hizo su vida aquí. Pero yo estuve con mi abuela un tiempo, estudié allá y comencé a escribir en el periódico *Boston Globe*.

”Cuando finalmente se logró la Independencia, tomé la decisión de regresar, porque quería estar presente en el nacimiento del nuevo país. Les propuse hacer entrevistas a las personas que gestaron el movimiento.

—Ahora sí déjanos trabajar, hija —dijo doña Leona cariñosa pero firme.



Vista general de la plaza e iglesia de Santo Domingo.
En John Phillips, *México ilustrado*. Edición original, Londres, 1848.

Inicio del movimiento insurgente

Nuestro siguiente encuentro fue en medio de un copioso aguacero. Llegué empapada y doña Leona muy afectuosa insistió que pasara a la recámara de sus hijas a secarme y ponerme algo de ropa seca.

Nos sentamos en compañía de un chocolate caliente y los infaltables biscochos; para que entrara en calor ordenó que me llevaran un catalán. El momento de cierta intimidad me animó a preguntarle por sus pretendientes.

—Se cuenta que muchos jóvenes la cortejaron, doña Leona.

—Algunos —contestó con una risilla pícara.

Yo había visto su retrato de jovencita y varias personas me habían platicado de su atractivo, que todavía se advertía. No era muy alta, con una figura torneada, bellos ojos y nariz respingada. Don Carlos María de Bustamante escribió que: “la naturaleza no le había negado un personal airoso y distinguido”.

También señala que vestía con elegante distinción. Menciona:

usaba gorras de raso blanco y listones morados; sobretúnicos de gasa azul de Italia, guarnecidos de fleco y lentejuelas de plata; bandas de tafetán color de rosa con fleco de plata; guantes grandes y chicos de tafilete; medias con botín bordado, y zapatos de raso también bordados.



María Leona Vicario.
Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec.
INAH. Secretaría de Cultura.

Su inteligencia y belleza atrajeron a varios pretendientes, y finalmente logró conquistarla Octaviano Obregón, joven abogado de origen guanajuatense, perteneciente a una de las familias más opulentas de la entidad, parientes cercanos de los condes la Valenciana. Obtuvo el título de licenciado en la Real y Pontificia Universidad, y posteriormente fue miembro del Ilustre y Real Colegio de Abogados.

Parecía ser el partido ideal para Leona: de buena posición social y económica, con cultura y buenas maneras, era del agrado total del tío don Agustín Pomposo.

La relación se formalizó y el tío propició la realización de las capitulaciones matrimoniales, requisito que pedían los tribunales eclesiásticos y seculares para que, en caso de incumplimiento, no fuera posible admitir cualquier demanda relativa a dicho contrato. Sin embargo, no contenía una “obligación efectiva de casarse”.

Antes de que se pusiera fecha de la boda sucedió un incidente inesperado que dio lugar a un movimiento político en la Nueva España: la deposición del virrey Iturrigaray en septiembre de 1808. Un movimiento de independencia, más de carácter diplomático, cuando la anarquía reinaba en la metrópoli a causa de la invasión napoleónica. Esto dio ocasión para que los criollos tomaran la decisión de poner fin a los abusos, la desigualdad y la opresión que recibían de los españoles, y de luchar por la libertad y autonomía de la Nueva España.

Por supuesto, los españoles residentes se percataron de la amenaza que se gestaba, y de inmediato mandaron aprehender y



El virrey
José Joaquín de Iturrigaray.

deponer al virrey Iturrigaray, y a encarcelar a los autores del movimiento. Entre ellos se encontraba el coronel Ignacio Obregón, padre del prometido de Leona, quien apoyaba la revuelta.

Se supo que Octaviano también simpatizaba con la causa de los criollos, por lo que se vio obligado a emigrar a España. Ahí fue electo diputado a las Cortes Generales Extraordinarias en agosto de 1810, como representante de la provincia de Guanajuato. Simultáneamente en la Nueva España se le nombraba diputado suplente.

En total el prometido de Leona pasó más de dos años en la península, ya que su nombre aparece en la Constitución Política de la Monarquía de 1812. Durante ese lapso muchas cosas pasaron en su vida.

—Doña Leona, ¿cómo fue que terminó su compromiso matrimonial con don Octaviano Obregón?

—La distancia aleja a las personas no sólo físicamente; muchas cosas estaban pasando, yo vivía una realidad y Octaviano otra muy distinta.

”Yo veía lo que estaba pasando en la Nueva España, y me di cuenta que había que comprometerse. Cuando conocí a Andrés supe que estaba en lo correcto, él ya estaba involucrado y me platicaba lo que se estaba fraguando y la necesidad de apoyar el movimiento por todos los medios.

”Me integré al grupo de Los Guadalupes, ya sabe usted, esa sociedad secreta que conformó una red de correos. Estábamos en



Los Guadalupe, sociedad secreta insurgente a la que pertenecían personajes como Leona Vicario, Miguel Hidalgo y José María Morelos, entre otros.

Fresco de Juan O'Gorman, 1960-1961.

Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec.

INAH. Secretaría de Cultura.

comunicación con don Miguel Hidalgo, y después con don Ignacio López Rayón y don José María Morelos.

—Tengo entendido que los integrantes de Los Guadalupe eran como usted, personas destacadas de la sociedad virreinal.

—Si las quiere llamar así. La realidad es que el medio social en que nos desenvolvíamos varios de los integrantes nos permitía tener información privilegiada de primera mano, y los medios para llevar a cabo acciones. Sin embargo, había miembros de clases más modestas quienes también daban un apoyo importante.

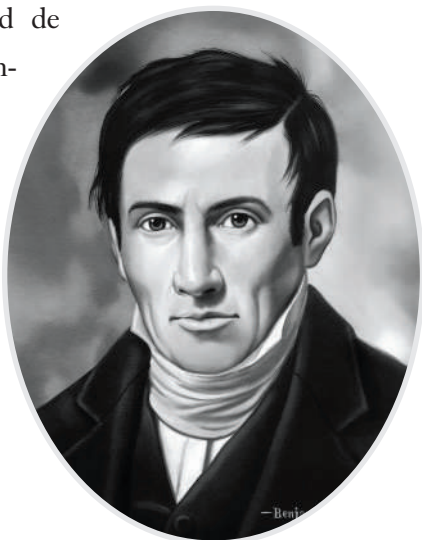
”Después comencé a mandar correos directamente, y cada vez que se podía medicina, ropa y municiones —continuó—. Todo eso era imposible comunicárselo a Octaviano por correo, y seguramente él estaba en la misma situación.

”Al mismo tiempo, Andrés y yo teníamos cada vez más cercanía y afinidad en nuestros ideales independentistas, y surgió un sentimiento amoroso que no pudimos detener.

”Decidí terminar con Octaviano, y se lo comuniqué a mi tío Agustín, a quien no le pareció bien mi decisión; pero no tuvo más remedio que aceptar. Desde luego que ignoraba mi relación con Andrés, y sobre todo que estaba involucrada en el movimiento rebelde que él rechazaba totalmente.

Andrés Quintana Roo

En 1808 llegó a la Ciudad de México el joven yucateco, Andrés Quintana Roo, con la intención de ingresar en la Real y Pontificia Universidad, donde terminó su bachillerato en Artes y Cánones, y de inmediato se matriculó para obtener el grado de licenciado. Para lograrlo era obligatorio practicar jurisprudencia dos años, por lo menos, en el despacho de un abogado.



Don Andrés Quintana Roo.
Óleo de Benjamín Orozco L.

Como había sido un estudiante destacado, logró que lo admitiera don Agustín Pomposo Fernández San Salvador, quien era uno de los jurisconsultos más prestigiados de la Nueva España.

El tío de Leona escribió siendo muy joven una oda titulada “Sentimientos de la Nueva España por la muerte del virrey D. Antonio María Bucareli”. Éste fue el primero de varios tex-



Don Andrés Quintana Roo.
Óleo sobre tela atribuido al círculo
de Pelegrín Clavé, siglo XIX,
84 × 70.5 × 7 cm.
Colección Museo de Historia Mexicana.

tos laudatorios en los que hacía patente sus sentimientos monárquicos. La invasión napoleónica y los hechos desafortunados de la casa real española fueron para don Agustín motivo de gran desazón, y reprochaba abiertamente los “desgraciados” intentos de levantamiento y rebelión por parte del cura Miguel Hidalgo.

En el despacho de Pomposo coincidió don Andrés —en ese momento tenía 20 años— con otros dos jóvenes: don Manuel Fernández de San Salvador y don Ignacio Aguado, hijo aquél y amanuense éste de don Agustín. Desde el principio se tuvieron simpatía y establecieron una cercana amistad que se consolidaría con la coincidencia de los afanes libertarios.

La leyenda de don Juan Manuel

La siguiente semana llegué antes de la hora en que me había citado doña Leona. Mientras esperaba me entretuve viendo con detalle la fachada del templo de Santo Domingo. No deja de admirarme el contraste de la piedra rojiza que llaman tezontle, con el tono gris plata de la piedra llamada chiluca, labrada exquisitamente, lo que le da una belleza excepcional al barroco mexicano. Se percibe la destreza y arte de los indígenas que heredaron esa habilidad de sus ancestros.

Me interrumpió el saludo de María, la vieja ama de llaves que seguía fiel al lado de doña Leona, siempre pendiente de su regreso.

—Buenas tardes, niña, ¿está esperando que regrese la patrona?

—Sí, se me hizo temprano.

—Venga, pásele, la espera dentro de la casa —me dijo dirigiéndose al portón.

Me senté en el pasillo del patio a disfrutar el aroma de las flores y las hierbas de olor y el trino de los pajarillos que cobija una gran jaula de hierro. Apareció María con un vaso de agua de chía.

—Tome, señorita, para el calor.

—Gracias, doña María, platíqueme usted, ¿cómo fue vivir en la casa de la calle de Don Juan Manuel, junto a la del tío? ¿Le tocaron tiempos difíciles?

—¡Uy, sí, ni me diga! De por sí la casa estaba en mal lugar, a unos pasos de la de don Juan Manuel, y ya sabe usted la leyenda. Yo digo que sí moraba por ahí el espíritu atormentado del hombre ése.

Recordamos la famosa leyenda que cuenta que:

El virrey don Lope Díaz, marqués de Cadereyta, se hacía acompañar a todos lados de don Juan Manuel Solórzano. Además de juergas y paseos compartían jugosos negocios, lo que le generó múltiples enemigos.

Pero sucedió que un día el virrey, tras un escándalo, se fue de México y cayó en la desgracia su gran amigo, quien se encerró triste y amargado en su casona, en compañía de sus múltiples criados y su bella esposa, doña Ana Porcel.



Ese encierro parece haberlo perturbado y empezó a sentir celos feroces de su dulce y fiel cónyuge, que lo llevaron a espiarla obsesivamente. Al no encontrar evidencia alguna del engaño, acudió a un brujo, quien, tras diversos conjuros le dijo: “Mi compadre Satanás acepta tu alma. Él y yo sabemos quién es el amante de tu esposa; si tú también quieres saberlo para que tomes justa venganza, sal de tu casa a

Don Lope Díaz de Aux Armendáriz,
virrey de Nueva España, 1635-1640.

las once de la noche, y al que pase a esa hora por la acera mávalo, porque él es quien te roba la honra y la dicha”.

A la siguiente noche, a la hora indicada, salió de la casona cubierto con su capa; al primer sujeto que pasó se le acercó y preguntó: “¿Perdone que lo interrumpa en su camino, señor, pero podría usted decirme qué horas son?”. “Las once”, le contestó, a lo que don Juan Manuel respondió: “¿Las once?, pues dichoso usted que sabe la hora en que muere”, para clavarle a continuación un filoso puñal en el corazón.

Esta escena se repitió noche tras noche durante varias semanas, porque sus celos enfermizos no se calmaban, hasta que en una ocasión la víctima fue un tío muy querido.

Desesperado de dolor y arrepentimiento, buscó el alivio de la confesión; el sacerdote condicionó su absolución a que, durante tres días, a la medianoche, rezara un rosario al pie de la horca que se hallaba en la Plaza Mayor, y que al rezar el último volviera y le daría el perdón.

Así lo hizo la primera noche, aunque huyó aterrorizado al finalizar, pues una voz de ultratumba anunciaba: “¡Un padre nuestro y un avemaría por el alma de don Juan Manuel Solórzano!”. Acudió asustado con el confesor, y éste le ordenó que continuara con la penitencia. La segunda noche fue peor, pues vio pasar su entierro. En pánico regresó con el cura, suplicándole que le perdonara el último rosario, y éste, comprensivo, lo absolvió, pero le mandó concluir la pena; con un supremo esfuerzo se dirigió nuevamente al pie de la horca. Al día siguiente la ciudad se conmocionó con el cadáver del rico caballero don Juan Manuel Solórzano colgado de la horca de la Plaza Mayor.

En esas estábamos cuando sonó el aldabón. María abrió la puerta y entró doña Leona con María Dolores, la menor de sus

hijas. Es una jovencita muy graciosa con cabellos rubios que no se dejan sujetar. Es la más parecida a su madre, con la misma naricilla respingada y figura torneada.

Me invitó a pasar al estudio, se quitó el chal que la cubría. Nos sentamos en los acogedores sillones, y en la mesilla cubierta de terciopelo azul marino estaban los vasos de agua de chía y un plato con rosquillas.

—Doña Leona —le pregunté—, se dice que usted consiguió a los armeros vascos que fueron fundamentales para la guerra.

Sonrió recordando y explicó:

—Sabía que el esposo de mi amiga Margarita, don Leandro de Pazos, era comandante de la maestranza del virreinato, y le dije que sería interesante conocerla. No le extrañó, porque sabía que soy muy curiosa y con frecuencia proponía que hiciéramos visitas a lugares peculiares de la ciudad.

”Recientemente había arreglado que nos dejaran visitar la Casa de Moneda, con su enorme sala de fundición, donde estaban los hombres con el rostro cubierto y el torso desnudo fundiendo el metal con temperaturas casi de 50 grados, y después ver todo el proceso de elaboración de las monedas, así es que no le extrañó mi petición.

”Cuando nos daban el recorrido, aproveché que don Leandro nos dejó unos momentos y le pedí al jefe de los armeros que fuera a mi casa para ver un fusil antiguo. Argumenté que estaba des-



La Casa de Moneda,
hoy Museo Nacional de las Culturas.

compuesto y se lo quería dar a mi tío Agustín Pomposo en su cumpleaños.

—¿Y acudió? —pregunté asombrada de su astucia.

—Sí, y logré convencerlo para que apoyara la causa, recordando la lucha que dieron los vascos para liberar a España de la presencia secular de los moros, y en últimas fechas de los franceses. Conseguí que mandara una cuadrilla con los mejores armeros vizcaínos al campamento de Ignacio López Rayón, quien se encontraba en Tlalpujahua.

Justo terminaba de platicarme ese hecho, que fue muy importante para armar a los insurgentes con fusiles de calidad, cuando se asomó doña Rita para consultarle sobre el guiso que estaba cocinando.

Mientras esperaba me entretuve viendo los libros; recordé que en la correspondencia que mantenía con los insurgentes —para cuidar su identidad si era descubierta—, en lugar de sus nombres verdaderos utilizaban pseudónimos. Por su vasta cultura solía ponerles nombres de escritores célebres o personajes de la historia: Leona leía obras literarias de autores españoles, ingleses y franceses.

Me emocionó advertir que aquí estaban varios de esos libros, logré identificar: *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*; *El nuevo Robinson*, de Joachim-Henrich Campe; *Clara Harlowe*, de Samuel Richardson; *La huerfanita inglesa*, de Mr. Pierre-Antoine de La Place; *La historia natural y general de Buffon* y los estudios de Lavoisier. Esto desesperó a los fiscales cuando se interceptó su correspondencia, porque no lograban identificar a nadie, y ella nunca delató las identidades.

Regresó de la cocina con unas empanadas calientitas que acababa de hornear doña Rita. Ya me había llegado el aroma que me abrió el apetito, así es que las disfruté enormemente.

Me platicó acerca del taller de costura que estableció en su casa para confeccionar prendas que mandaba al frente de batalla. Decía que era labor de caridad para los pobres de la ciudad.

Aproveché para preguntarle sobre las ayudas que brindaba a las familias de los insurgentes, en lo que se decía que había gastado parte de su fortuna.

—Era necesario. Se creía que en las filas insurgentes tendrían recursos y podrían mandar dinero a las familias, pero no fue así. Apoyaba económicamente a las que estaban en situación más precaria, entre otras, a las de los armeros vizcaínos que yo había enviado a Tlalpujahua. También les daba información de sus hijos o esposos, que era lo que más esperaban; era angustioso no saber nada.

—Se comenta que en esa época su situación económica tuvo afectaciones —le comenté.

—Así fue. El Consulado de Veracruz, donde mi tío Agustín tenía mi herencia y parte de sus propios recursos, dejó de pagar los réditos. Así, a partir del 1 de septiembre de 1811 se redujo a menos de la mitad el dinero que me entregaba mensualmente.

—Debe haber sido muy duro —comenté.

—La verdad sí. Tuve que reducir drásticamente los gastos. Entre otros, vendí las mulas y dejé de usar el coche; después le tocó el turno al carruaje grande que había conservado de mi madre.

”Pero seguí ayudando a los insurgentes, aunque en menor medida. ¡Cómo no iba a mandarles artículos indispensables como medicamentos! El colirio celeste, el agua de cimbrón y los ungüentos para las torceduras y quemadas eran muy solicitados. También pistolas y ropa.

Al tocar las campanadas del templo de Santo Domingo, que llamaban a la oración de las dos de la tarde, me despedí, agradeciéndole a doña Leona su generosidad por la plática y las sabrosas empanaditas.



Plaza y templo de Santo Domingo,
Ciudad de México.
Litografía de época. Biblioteca MAP.

San Juanico y la traición

Mientras cruzaba la majestuosa Plaza de Santo Domingo, donde se llevaron a cabo los Autos de Fe, esos juicios terribles del Tribunal de la Inquisición, en los que quemaban a los reos vivos en la hoguera, repasaba la última plática con doña Leona.

La angustia que vivió cuando el capitán realista Anastasio Bustamante aprehendió a Mariano Salazar, quien entregaba los correos que enviaba a los insurgentes. Fue por los rumbos de Tacuba, en la comandancia del rumbo le quitaron las cartas que llevaba y lo obligaron a confesar. No quedó ninguna duda de su culpabilidad.

Ella se enteró porque después de misa fue a dar un paseo por la Alameda, acompañada por Mariana y Francisca. Se le acercó una desconocida y le informó que su casa estaba vigilada porque habían detenido a su enviado y la había delatado.



Anastasio Bustamante.

En pánico, decidió huir en ese momento y se dirigió a San Juanico, donde supuestamente estaba un señor Joaquín Pérez Gavilán, quien la ayudaría en caso de alguna emergencia: nunca apareció. Tuvo que pedir refugio a los pobladores en sus humildes chozas, donde permaneció escondida mientras Francisca se dedicaba a buscar contactos de confianza para informarles lo que había sucedido y que la rescataran. Su idea era que la llevaran a reunirse con Quintana Roo, quien ya estaba con los insurgentes acampados en los alrededores de Oaxaca.

Los días que pasó en San Juanico fueron una pesadilla: los indígenas le pedían que se mudara cuando se enteraban que estaba huyendo de las autoridades. Temían las represalias del gobierno si descubrían que estaban escondiendo a una rebelde.

Por su parte, el tío Agustín, que no sabía dónde estaba, con gran preocupación se acercó a las autoridades y se enteró de su participación en el movimiento insurgente que la llevó a huir.

Finalmente, logró que Francisca —quien fue a la casa por ropa y dinero— le dijera dónde se escondía, pero antes de ir por ella quiso garantizar el indulto. Se lo solicitó al mismísimo virrey y quedó sujeto a que Leona se retractara de sus ideas insurrectas, jurara lealtad a la Corona, y rompiera toda relación con los insurgentes.

Doña Leona se negó tajantemente y optó por seguir en San Juanico, hasta que su tío, don Juan Raz y Guzmán, le informó que podía regresar con seguridad a la ciudad sin tener que acep-

tar la amnistía. Confiada en que era verdad aceptó volver cuando fue por ella su tío Agustín Pomposo.

A los dos días de regresar a su casa se apareció su tío Fernando, hermano de Agustín, para llevarla al Colegio de Belén “en calidad de reclusa forzada”, según se enteró después doña Leona indignada por la traición.



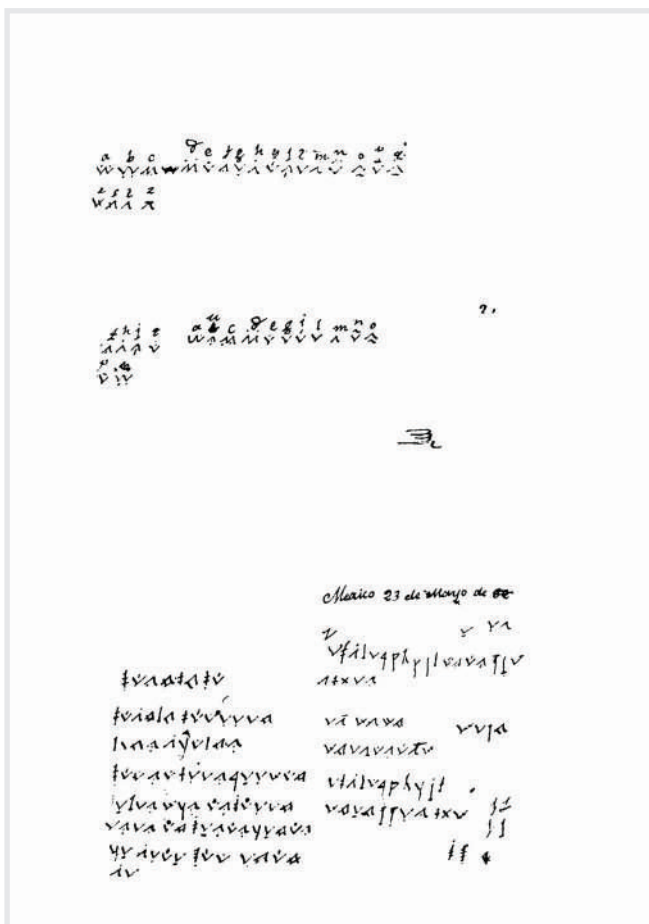
La fotografía más antigua de la villa de Tlalnepantla que se conoce data de 1889. En sus inmediaciones se encuentra San Juan Ixhuatepec [San Juanico] y la zona industrial de la presa.

Después de 1959, surgió como la colonia más grande del municipio de Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

Tomado de Víctor Orozco Aburto, *Pensamientos y reflexiones de mi crónica del nacimiento de San Juan Ixhuatepec*,

Tlalnepantla, México.

www.slideshare.net



Una de las cartas escritas en clave por doña Leona Vicario a los insurgentes.

Se sabe que José Berazueta, juez de la Real Junta de Seguridad y Buen Orden, inspeccionó la casa de Leona Vicario y encontró las claves con que enviaba mensajes.

Imagen tomada de Genaro García, *Leona Vicario. Heroína insurgente*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.

Col. Biblioteca MAP.

La prisión en el Colegio de Belén

—Al entrar a la casa, lo primero que hice fue subir al estudio a buscar, entre los papeles que copié en los archivos, la misiva que le mandó el tío Fernando al presidente de la Real Junta de Seguridad y Buen Orden, don Miguel Bataller, dejándome a su disposición en los siguientes términos:

 Mi sobrina Da. María Leona Vicario está en el Colegio de Belén, adonde la hé llebado la mañana de hoy, mientras vá á otro convento á su satisfacción, y lo aviso á V. S. por lo que pueda convenir.

La Real Junta de Seguridad y Buen Orden acordó designar juez comisionado a don José Ignacio Berazueta, y escribano a don Julián Roldán. Los juicios que se llevaban a cabo contra los insurgentes eran completamente parciales, buscaban condenarlos con las penas más severas, para que sirviera de escarmiento a los rebeldes.

Con doña Leona se toparon con un muro de silencio, no obstante, la presión familiar y la de sus múltiples conocidos de alta posición social y económica. Durante el primer encuentro con el juez, entre las frías paredes del Colegio de Belén, ante la evidencia de las cartas de su puño y letra, la joven Leona aceptó haber-



Edificio que ocupó El Colegio de San Miguel de Belén
y posteriormente la cárcel pública en la Ciudad de México.

Imagen tomada de Genaro García, *Leona Vicario. Heroína insurgente*, México,
Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910. Col. Biblioteca MAP.

las escrito, pero se negó tajantemente a develar la identidad de los destinatarios.

Doña Leona me platicó que se las vio difícil cuando la interrogaron acerca de la carta donde menciona: “el Papá que está tan incómodo porque se pasó su hijo con los Ynsurgentes”.

—Imagínese —me dijo—, se trataba de mi primo Manuel Fernández de San Salvador, el hijo de mi tío Agustín Pomposo. Como le comenté, era muy amigo de Andrés, y se fue con él para alistarse en el ejército insurgente.

Tras largas horas de interrogatorio en el que no lograron sacarle ni una sola delación, la tortura concluyó cuando doña Leona declaró con contundencia que no hablaría “aunque la llevarsen hasta el último suplicio”.

En un interrogatorio posterior reconoció que Robinson era su primo Manuel, y Mayo era Quintana Roo. Cuando el juez sorprendido le preguntó por qué los delataba a ellos y no a los demás. Con su impecable lógica respondió que en estos casos no los perjudicaba en nada, porque ambos se encontraban con los insurgentes, a diferencia de los parientes de las otras personas.

Se le declaró formalmente presa y a disposición del virrey en el Colegio de Belén. Estaba bajo custodia de la prepósita y dos asistentas con instrucciones de vigilarla día y noche, y sin comunicación alguna, tanto externa como interna.

Al poco tiempo la prepósita del colegio informó al juez que la institución no tenía la seguridad suficiente, por lo que la presa podía escapar. El juez ordenó al tío, don Fernando Fernández de San Salvador, que buscara otro sitio más seguro de reclusión o la enviarían a una cárcel pública. A los pocos días, el tío informó al juez que la prepósita declaraba que doña Leona observaba buena conducta, por lo que podía continuar en Belén.

En ese momento tocaron a la puerta para avisarme que la comida estaba lista. Bajé con rapidez, porque a doña Lala le angustia que se enfríe la sopa, y antes de servir tenemos que estar todos en la mesa.



Otra vista general de la plaza e iglesia de Santo Domingo.
En John Phillips, *México ilustrado*. Edición original, Londres, 1848.

La huida

Las campanas de Santo Domingo llamaban a misa de 12 cuando llegué a casa de doña Leona. Era un día cálido y soleado, con esa atmósfera luminosa que caracteriza la Ciudad de México. ¡Cómo extrañaba este clima en Boston!, pensar que ahora está bajo cero, con nieve y oscuro a las cuatro de la tarde.

Doña Leona salió de la cocina sonriente.

—¡Bienvenida, Marina! Estaba echándole un ojo a los huevos reales que está preparando Luisa, es la hija de doña Rita que ya está muy débil de las piernas por las reumas, y muy a su pesar le pasó el cucharón a Luisita, ¡eso sí, con cien instrucciones que le repite a diario!

—¡Qué delicia, huevos reales! —comenté.

—Es de los postres favoritos de Andrés. Cuando estén listos le pediré a María que nos traiga una probada. Por lo pronto, ¿qué le parece un vasito de agua de tuna?

Propuso que nos sentáramos en los sillones de mimbre del pasillo para disfrutar el frescor del patio.

—¡Lista! —me dijo acomodándose en la mecedora al tiempo que sacaba de la bolsa de la falda un pequeño abanico.

—¿Cómo fue la experiencia en el Colegio de Belén?

—Mejor de lo que me esperaba. Los primeros días fueron terribles, lo peor fueron los interrogatorios; pero una vez que me declararon presa y me recluyeron en una celda, mis cuidadoras eran buenas personas y nos fuimos haciendo amigas.

—Sin duda influyó su carácter, doña Leona, parece ser usted afable por naturaleza y eso acerca a la gente.

—No lo sé, pero en general sí he tenido suerte. Aun en los peores momentos alguien me ha tendido la mano.

—¿Cómo estuvo lo de su fuga? He leído que fue un escándalo, que el virrey se puso furioso.

—Fue una audacia de unos insurgentes muy valientes: los coroneles Francisco Arroyave, Antonio Vázquez Aldama y Luis Alconedo, ellos planearon la escapada con gran cuidado. Una noche entraron al colegio intempestivamente, y uno de ellos se dirigió a mi celda —ya habían conseguido la información— y me sacaron con una increíble rapidez.

”Afuera nos esperaban otros tres insurgentes con los caballos listos; me montaron en uno, me echaron un capote en los hombros, un sombrero y partimos al galope.

”De inmediato se supo de la fuga y se ordenó mi búsqueda; se intensificó la vigilancia en las garitas de salida de la ciudad. Tuve que estar varios días escondida en el tapanco de un almacén de granos, en uno de los barrios viejos, porque me buscaban por todos lados.

Recordé que la noticia corrió por toda la ciudad y, sin saberlo, se volvió famosa y se ganó la admiración de la población

por su valentía y arrojo. El periódico *El Pensador Mexicano* fue el único que se atrevió a alabar la hazaña de doña Leona.

—¿Cómo logró salir de la ciudad que estaba tan vigilada?

—Los valientes coroneles que me habían rescatado consiguieron un grupo de arrieros, que conducían un atajo de burros, que llevaban costales de mercancías y cueros de pulque en carretas en las que iban montadas varias mujeres. Ellos se vistieron como arrieros y yo me pinté para parecer negra, me cubrí con ropa harapienta y me senté en una de las carretas entre las mujeres y unos huacales.

En ese momento entró Luisa con una charola con sendos platos con los famosos huevos reales. Doña Leona propuso que continuáramos en el estudio porque el sol ya estaba pegando fuerte en el pasillo del patio. Pidió más agua de tuna y continuamos la plática.

—¿Cómo fue esa aventura de escapar así, doña Leona? ¿No estaba usted muy temerosa?

—Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, la preocupación de que nos descubrieran, por el otro, la ilusión de ya integrarme plenamente al movimiento y reunirme con Andrés.



Arrieros. Actividad muy laboriosa y de gran utilidad en el país, donde toda mercancía por falta de buenos caminos se transportaba en mulas. Imagen tomada de Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana, 1820-1834*, México, Manuel Porrúa, 1963. Col. Biblioteca MAP.

”Debo confesarle que ya tenía experiencia en eso de cruzar garitas con engaños.

—¿Cómo está eso?

—Ahora que lo recuerdo me da risa, pero en ese momento fue angustioso, sobre todo porque llevaba yo cómplices inocentes que podían haber sido detenidas y acusadas de insurgentes.

”Había que sacar una imprenta que requería el general Morelos. Era indispensable para difundir el movimiento con más amplitud. La desarmaron pieza por pieza y yo invité a varias amigas —algunas de Los Guadalupe— para que fuéramos a un día de campo en las afueras de la ciudad. Casi como un juego las convencí que las escondiéramos debajo de las crinolinas que sostenían unas firmes varillas, lo que les daba a las faldas gran volumen.

”Llenamos los carruajes con canastas con ricas viandas y, como lo preveía, cuando llegamos a la garita —aunque nos vieron muy ajuareadas y de posición social relevante— revisaron minuciosamente el transporte y las canastas. Les dejamos una para que se la repartieran entre ellos y nos dieron el paso con toda amabilidad. Más adelante en un bosquecillo nos esperaban unos insurgentes disfrazados de arrieros; pasamos a una choza, sacamos las piezas, se las entregamos y partieron de inmediato, y nosotras disfrutamos nuestro día de campo entre risas. Eso sí, todas juraron que nunca dirían una palabra de nuestra “travesura”.

El encuentro con Quintana Roo y Morelos

Ya de regreso en la casa, al pasar en limpio mis notas, no dejaba de asombrarme el arrojo de doña Leona. Una mujer que nació en pañales de seda, rodeada de lujos y comodidades, culta, con fortuna propia, todos los peligros que vivió por sus ideales.

Cuando se fugó disfrazada de negra, se dirigieron a Tlalpujahua, Michoacán, y después de varias jornadas exhaustivas, se reunió con don Andrés en Oaxaca. Ya había arreglado que se alojara con una familia simpatizante del movimiento.

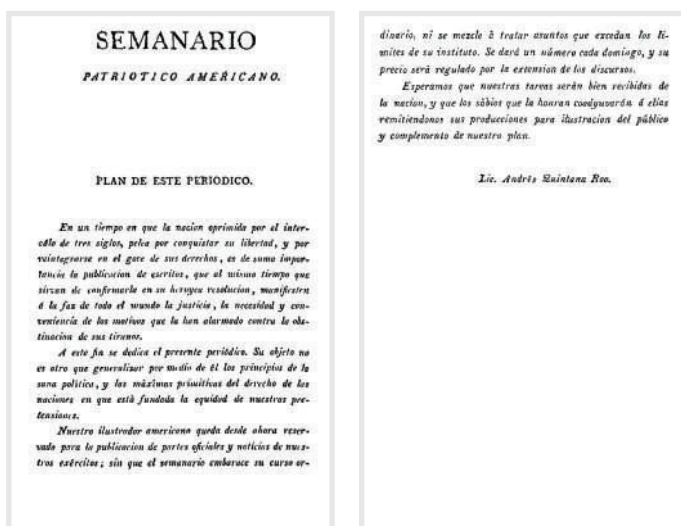
Antes de unirse a don José María Morelos, Quintana Roo había pedido la mano de Leona al tío Agustín Pomposo. Éste se la negó pretextando el compromiso con don Octaviano, y porque en el fondo tenía sospechas de que Andrés apoyaba la guerra de Independencia.

Eso era inadmisible para don Agustín, quien presumía de ser un realista de hueso colorado: siempre que pronunciaba el nombre del monarca inclinaba respetuosamente la cabeza.



Plaza de armas de la ciudad de Oaxaca.
En Rubén Vasconcelos Beltrán, *Oaxaca,
un paseo por el Centro Histórico*, México, CVS
Publicaciones, 1995. Col. Biblioteca MAP.

En 1912 el joven Quintana Roo se trasladó a Oaxaca a colaborar de cerca con el general Morelos. Al poco tiempo de su llegada ya redactaba el *Semanario Patriótico Americano*. Entre otros propósitos, buscaba publicar escritos que confirmaran la firme decisión de conquistar la libertad de la Nueva España y la necesidad y conveniencia de la insurrección.



El *Semanario Patriótico Americano* fue un periódico insurgente publicado de manera semanal por José María Cos y Andrés Quintana Roo. Se imprimieron 27 números, algunos en Tlalpujahua, Michoacán, y otros en Huichapan, Hidalgo, entre el 19 de julio de 1812 y el 17 de enero de 1813.

Menciona en uno de ellos:

¿A qué aguarda el sentimiento con que hasta ahora hemos arrastrado la pesadez del yugo que abrumba nuestros cuellos? Pueblos de América, ¿qué os resta que esperar del gobierno de la metrópoli, de ese Gobierno desinteresado en nuestra felicidad é incapaz de pro-

tegeros, que os mira como extraños, que os oprime como esclavos, y que envilece vuestra dignidad como á seres destituidos de razón de y sentimientos? [...]

También se le encargó que escribiera el “Manifiesto” que expidió a los americanos, el año de 1812, para conmemorar el aniversario del 16 de septiembre de 1810:

[...] en loor de aquel día fausto [terminaba con las siguientes palabras]: Sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nación, llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.

No cabe duda que estas palabras que leyó, cuando se encontraba en la Ciudad de México, dando sus propias batallas, tienen que haber emocionado profundamente a la joven Leona, quien compartía con la misma vehemencia esos sentimientos patrióticos y la convicción de luchar hasta el último aliento.

Cuando doña Leona llegó finalmente a Oaxaca no contaba con fondos económicos; don Andrés, que estaba en la misma situación, hizo todo lo que estuvo en sus manos para poderla auxiliar.

También le brindaron algo de apoyo su primo Manuel, don José Ignacio Aguado, don Miguel Gallardo y don Carlos María de Bustamante, quien habló con Morelos sobre la contribución que había hecho Leona al movimiento insurgente, y la penosa situación por la que estaba atravesando.



José María Morelos.

Dibujo a lápiz del maestro Raúl Anguiano.

Tomado de *Documentos para la historia del México independiente, 1808-1938*.

Edición y compilación documental Miguel Ángel Porrúa, México, MAPorrúa, 2010.

El general Morelos, quien se encontraba en Chilpancingo, conmovido, envió una carta a Leona expresándole su apoyo e informándole que había dado la orden de que se le proporcionara una asignación mensual de 500 pesos, mismos que recibió en una sola ocasión, ya que el gobierno insurgente no tenía los fondos suficientes para proporcionar esta cantidad regularmente.

El matrimonio, Oaxaca y Chilpancingo

Estaba ansiosa de la entrevista con doña Leona. Hoy pensaba preguntarle sobre su matrimonio en Oaxaca y la situación que vivió en ese periodo, que fue muy azaroso para la causa insurgente.

Como iba con tiempo suficiente, caminé por la calle del Ángel y traté de identificar la casa donde vivió con sus padres. Tuvo que haber sido una gran mansión, porque el padre hizo buena fortuna en el comercio. Por las señas que un día me comentó, creo que fue la casona recubierta de tezontle color vino y chiluca, elegante piedra gris plata también de esta región. Prácticamente todas las construcciones en el estilo, que ahora llaman barroco, son de estos materiales y hay muchas que son como palacios.

Desemboqué en la calle de Plateros, y seguí por ahí admirando los talleres de los orfebres que trabajan ese material y hacen primores. Al llegar a la esquina con la Plaza Mayor, pasé frente al Café de Cazador, sitio de encuentro de una variedad de personajes: periodistas, abogados, politiqueros, militares, petimetres, escritores y algún cura mundano.

En estos sitios se arregla y descompone el mundo, se intercambian chismes, noticias serias y de las otras. En la puerta se



La catedral metropolitana de la Ciudad de México.

Se terminó de construir hasta el año 1693, su arquitectura no es de un estilo puro, pero el conjunto es majestuoso. A la derecha de ella se observa el *Sagrario*, templo menor que comunica con el monumento principal. Imagen tomada de Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana, 1820-1834*, México, Manuel Porrúa, 1963. Col. Biblioteca MAP.

escuchaba la algarabía de voces, risas y se percibía el humo de los puros y cigarrillos.

Debo confesar que me hubiera gustado poder entrar y enterarme de los entretelones de la vida capitalina. Pero eso está vetado para las mujeres “decentes”, aun si se es una heroína que luchó —en su trinchera— por la libertad de la patria, con la misma fuerza y valor del hombre más intrépido.

Continué mi camino por la calle de Empedradillo admirando el costado de la majestuosa catedral que tardó 300 años en concluirse. Durante tantos siglos trabajaron en ella los mejores

arquitectos, retablistas, doradores, escultores y pintores de las distintas épocas, por lo que resguarda notables obras de arte.

Al llegar a la plaza todavía faltaban 15 minutos para mi cita con doña Leona, por lo que me entretuve paseando por los portales en los que se asientan los escribanos, mejor conocidos como “evangelistas”. Se ganan la vida escribiendo contratos, cartas, oficios y leyendo a la gente su correspondencia.

Con disimulo observé a una bonita joven, con rebozo y falda de castor con lentejuelas, que se conocen como “china”. Estaba sentada en un banquito y con timidez trataba de dictar una carta de amor; el asunto se resolvió cuando le leyó al escribano una muestra de misiva amorosa que le pareció muy bien. La redactó y la ayudó a firmarla tras ensayar varias veces el nombre en una hoja en blanco.

Toqué el aldabón a las 11:30 en punto. Abrió el mozo y, cosa rara, me pasó a la sala. Me explicó que don Andrés estaba trabajando en el estudio. Era un sitio amplio y acogedor, con mobiliario estilo francés, candelabros de plata en dos mesas laterales, un piano

El Escribiente.

Acuarela de Alfredo Ávila Sigler.

Col. Biblioteca MAP.





El grabado de Nuestra Señora de Guadalupe que se reproduce sirvió de pórtico para las *Ordenanzas* de fray Alonso de Montufar publicadas en la Ciudad de México en 1570.

De la misma obra se hizo una reimpresión en 1803, misma que gozaba de una licencia otorgada con antelación, a más de un siglo, por el Ilmo. doctor Francisco de Aguiar y Seixas, obispo de Michoacán y arzobispo electo de México.

El dato curioso de este grabado se aprecia en la esquina inferior derecha: en la imagen del águila —está volteada por ser un grabado— que José María Morelos utilizó en el estandarte que adoptó como bandera de guerra. Col. Biblioteca MAP.

pequeño, en una mesa de centro un florero con amapolas y cuadros de paisajes. Sobresalía una pintura de la virgen de Guadalupe de muy buena factura.

Apareció doña Leona tapada con un grueso chal.

—No me acerco porque estoy acatarrada y no quiero contagiarla.

Se sentó frente a mí en el sofá grande, y vi en su rostro el malestar físico.

—Doña Leona, si se siente mal, lo dejamos para otro día.

—No, ya está usted aquí. Me siento igual aquí que acostada y prefiero distraerme platicando.

Entró María con dos tazas de infusión de toronjil y panecillos de almendra recién horneados.

—Vamos a entrar en materia —expresó con firmeza.

—Quedamos en nuestra última reunión que me iba a platicar cómo fue su vida después de que llegó a Oaxaca y contrajo matrimonio con don Andrés.

—Le confieso que no fue nada fácil —dijo tomando un sorbo de infusión—. Cuando por fin llegué, Andrés me esperaba con todo listo para que contrajéramos matrimonio lo más pronto posible, no quería dar pie a habladurías. Tuvimos que esperar un tiempo para que llegara el padre Sartorio, quien era simpatizante de la causa y buen amigo. Estaba muy feliz de officiar la ceremonia, que fue muy sencilla.



Ignacio López Rayón.
Litografía anónima del siglo XIX.
Col. Biblioteca MAP.

”Estuvieron unos cuantos amigos, y el padrino fue Ignacio López Rayón.

—Muy diferente a lo que se había imaginado —comenté.

—Totalmente —contestó—. No pude dejar de recordar la ilusión que tenía mi madre de la boda. Guardaba con esmero unos aretes de perlas y brillantes, y una mantilla española de un encaje muy fino, que habían usado ella y mi abuela, y soñaba que yo también los portara en esa ocasión.

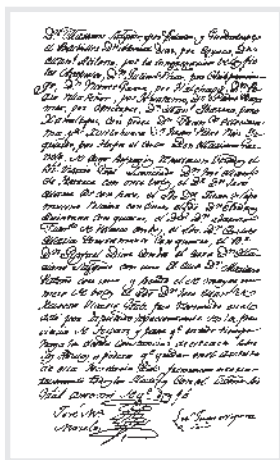
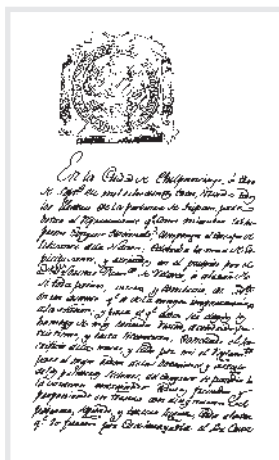
”Pero todo lo daba yo por bueno, porque la causa por la que estábamos luchando valía la pena cualquier sacrificio.

—¿Dónde vivieron?

—Andrés había conseguido una casita muy pequeña, a un lado del campamento insurgente: dos habitaciones, una cocina con lo mínimo y un patio diminuto. No lo va a creer, pero tiempo después la añoraría, aunque económicamente estábamos en una situación muy precaria.

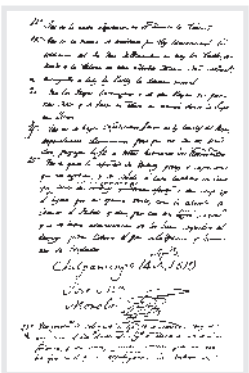
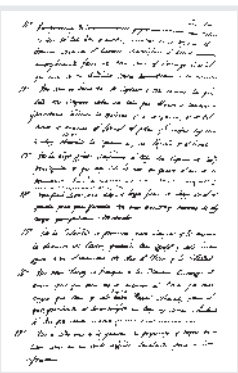
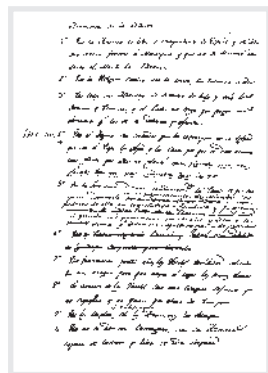
”Al poco tiempo Andrés se fue a Chilpancingo, porque el general Morelos estaba organizando el primer Congreso de Anáhuac.

Fragmento del
Acta de elección
del primer
diputado del
Congreso de
Chilpancingo,
13 de septiembre
de 1813. Colección
de facsímiles.
Biblioteca MAP.



“Era muy importante —continuó—, porque de ahí saldrían los fundamentos legales para la nueva nación independiente. También estaba dando los toques finales a “Los Sentimientos de la Nación”, documento fundamental y quería que Andrés parti-

Fragmento del manuscrito *Sentimientos de la Nación*.
Chilpancingo, 14 de septiembre de 1813. Colección de facsímiles. Biblioteca MAP.





Fachada de la casa que albergó el Palacio de Justicia y la cárcel a principios del siglo XIX. Chilpancingo, Guerrero.

En *Historia de Chilpancingo*, México, Asociación de Historiadores de Guerrero, A.C., Universidad Autónoma de Guerrero, 1999. Col. Biblioteca MAP.

cipara. Él se adelantó para ver qué condiciones había para que yo me trasladara, y no tardó en mandar por mí, aprovechando que salía un pequeño grupo de insurgentes con bastimentos e iban las mujeres de algunos de ellos.

—¿Dónde vivieron en Chilpancingo?

—No había condiciones, pero tuvieron deferencias conmigo y nos alojaron en la casa de un comerciante que simpatizaba con la causa. No puedo quejarme porque, aunque no teníamos ninguna privacidad, se desvivían por atendernos con esa generosidad que tienen las gentes de la provincia.

”Andrés estaba muy atareado con la preparación del Congreso redactando y afinando documentos, y yo lo apoyaba en todo lo que podía.

—Debe haber sido muy útil su buena pluma, doña Leona.

Sonrió y contestó con modestia, tímidamente:

—Sí, colaboré en la redacción de algunos papeles y en la afianzación de estilo, ortografía y ese tipo de cosas que dominamos quienes hemos sido ávidos lectores —y añadió—. También procuraba ayudar en la casa de don Remigio, aunque poco me dejaban; doña Gertrudis y sus hijas eran muy diligentes.

Estaba describiéndome la vida en Chilpancingo cuando entró don Andrés. Me saludó afectuosamente y se sentó junto a su mujer. No era muy alto, de rostro ovalado, piel morena clara, frente amplia eminente y majestuosa, pelo entrecano y ojos cafés oscuros, muy expresivos.

Usaba una elegante levita negra de paño y debajo un chaleco con rayas. Se asomaba un pañuelo blanco, con orillas de varios colores. Todavía era un hombre apuesto, aunque ya peinaba canas y estaba un poco encorvado. Le tomó la mano, cariñoso, a doña Leona, y ella le ofreció un jerez o una infusión.

—Gracias, Leona, pero me tengo que ir pronto; hoy es la comida que le ofrecemos los magistrados al licenciado Camposco, que por su mala salud se ve obligado a retirarse.

—¡Qué mala fortuna!, porque como magistrado de la Suprema Corte de Justicia podría permanecer en el cargo hasta que Nuestro Señor decidiera llevárselo. Tú vas a poder hacer huesos viejos en ese trabajo que tanto disfrutas.

—Eso espero —dijo don Andrés poniéndose de pie, se despidió dándole un beso en la frente a doña Leona, y con una incli-

nación de cabeza expresó su gusto de haberme conocido—. En otra ocasión platicaremos de la prensa actual Marina, ¿qué le parece? —dijo al salir.

En ese momento pensé que la capacidad intelectual, cultural y las dotes de doña Leona eran superiores a la mayoría de los varones con los que había compartido la lucha por la Independencia, y que ahora tenían posiciones relevantes dentro del gobierno o en los otros poderes. En el fondo de su corazón, ¿no anhelaría tener una posición más activa en el nuevo régimen surgido de la Independencia a la que tanto ayudó?

Don Andrés se asomó a la puerta y dijo:

—Se me pasó decirte, Leona, después de la comida voy a la Academia a ver cómo van mis muchachos.

—Muy bien, ¡regresa antes de que oscurezca! —dijo cariñosa.

”Va a la Academia de Letrán que fundaron unos jóvenes literatos que de alguna manera han sido sus discípulos: Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Carpio, Eulalio



Fachada de la antigua Academia de Letrán fundada a principios del siglo XIX.

Ortega, Manuel Gorostiza y Mariano Galván. Se reúnen en las habitaciones que ocupa José María Lacunza, en el Colegio de Letrán, donde es maestro. Es una cosa muy informal, aunque ellos le dan mucha seriedad, nombraron a Andrés “presidente vitalicio”, lo que lo halaga y se entretiene escuchando sus textos y haciéndoles observaciones.

Continuó platicándome de la vida en Chilpancingo mientras se preparaba el Congreso.

—Fue interesante, porque conocí a personas que habían participado en distintas batallas, entre ellas a la capitana doña Manuela Medina.

—¿Una capitana? —pregunté asombrada.

—Sí, una mujer notable. Tenía su propia compañía y había participado con gran valor en varias batallas. El general Morelos le tenía gran aprecio.

Las campanadas de Santo Domingo me avisaron que era hora de partir.



Guillermo Prieto.
Litografía de época.



Ignacio Manuel Altamirano.
Litografía de época.



La Batalla del Puente de Calderón tuvo lugar en el municipio de Zapotlanejo, a unos 30 kilómetros al este de Guadalajara. Fue una victoria militar de los realistas sobre las fuerzas insurgentes mexicanas. Ese 17 de enero de 1811 combatieron los insurgentes comandados por Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Abasolo, contra soldados realistas al mando del teniente general Félix María Calleja.

Hechos presos los caudillos insurgentes fueron conducidos a Monclova y después a Chihuahua, donde Allende, Aldama y Abasolo fueron fusilados por la espalda como traidores. El fusilamiento de Hidalgo fue pospuesto para ser despojado de su carácter sacerdotal, hasta el 30 de julio de 1811. La imagen, atribuida a José Guadalupe Posada,

fue publicada por Maucci Hermanos en la Biblioteca del Niño Mexicano, colección que consta de 85 cuadernillos. Col. Biblioteca MAP.

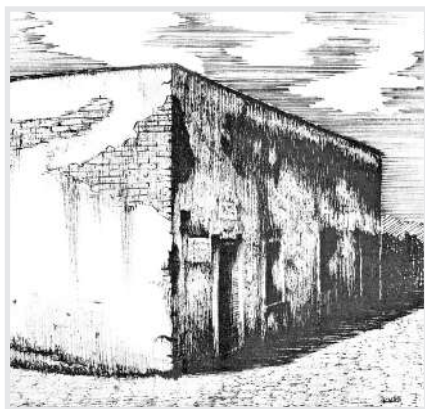
La muerte de Morelos y la desbandada

Llegué a la casa, en la calle de las Damas —donde alquilo un par de habitaciones—, justo cuando iban a comenzar a comer. Doña Eulalia —mi casera, robusta y afable— servía la sopa al otro huésped, don Teófilo, un agente comercial de Irapuato que pasa en la Ciudad de México varios meses al año; a su esposo Irineo, y a sus hijos Pablo, que estudia para abogado, y Cleofas, que quiere ser maestra.

Al terminar la comida me excusé del postre porque, como es usual, la comida había sido muy abundante y no había espacio para más. Antes de retirarme a la habitación que usaba de estudio, le repetí varias veces a doña Lala —como le decían familiarmente—, que todo había estado muy sabroso: cocinar era su felicidad y pasaba horas en ello, por lo que le era fundamental saber que nos había gustado.

Sentada frente a mis papeles y viejos recortes, repasaba la situación que había cuando se instaló doña Leona en Oaxaca después de su matrimonio, y repasé la historia de Ignacio López Rayón, quien fue el padrino de boda y a quien parecen tener gran afecto. A la muerte de Hidalgo, en 1811, se convirtió en la cabeza del movimiento, hasta que apareció Morelos.

Ya Hidalgo había proyectado que se estableciera un congreso con representantes de todas las ciudades, villas y pueblos. López Rayón organizó en Zitácuaro la Suprema Junta Gubernativa de América y expidió leyes, proclamas y reglamentos. Realizó un documento que fue fundamental: “Elementos constitucionales”, que fue el primer intento de organizar las ideas de



La casa de adobe en Zitácuaro, Michoacán, donde se funda la Suprema Junta Nacional Americana. Col. Biblioteca MAP.

emancipación en un instrumento legal. Expone varias de las ideas que van a aparecer en los documentos que presentó Morelos. Nació en Tlalpujahua, lo que explica por qué tuvo ahí un campamento insurgente importante; ahí llegaron los armamentos vascos.

Regresé con la actividad del general Morelos después de que se trasladó a Chilpancingo, Guerrero, para organizar el Primer Congreso de Anáhuac; ahí expuso “Los Sentimientos de la Nación”. De ahí salieron parte de los lineamientos de la Constitución que habría de formular el Congreso. Fue muy importante, porque además de ser el primer congreso político mexicano independiente, declaró la Independencia de la América Septentrional del trono Español.

Participaron como diputados, representando diferentes provincias: Ignacio López Rayón, José Sixto Verduzco, José María Liceaga, Andrés Quintana Roo, Carlos María de Bustamante, José María de Cos, José María Murguía, Cornelio Ortiz Zárate, Carlos Enríquez del Castillo y José Manuel Herrera.

Sabemos de buena fuente que Quintana Roo redactó parte de los documentos.

Antes del congreso, en el mes de mayo, el licenciado Carlos María de Bustamante le había expresado al general Morelos la necesidad de contar con un gobierno sólido y fuerte, que pudiera representar el movimiento independentista. Esta idea se materializó cuando Morelos, desde Tixtla, le comunicó a Ignacio López Rayón que aprobaba la idea del establecimiento de la Junta Gubernativa y designó a José Sixto Verduzco como su representante.

En todas estas situaciones doña Leona acompañaba a su marido, y no es difícil pensar que colaboró con él en la elaboración de varios de los documentos. Mientras tanto, el general Morelos seguía en el frente dando batallas, algunas exitosas y otras con pérdidas significativas.

El Congreso de Anáhuac nombró como generalísimo a Morelos, quien parece ser que estaba empeñado en tomar su natal



Sello utilizado por José Sixto Verduzco, vocal de la Junta de Zitácuaro.



José María Teclo Morelos y Pavón Pérez
en traje de capitán general de los ejércitos del sur,
Valladolid, Michoacán, 30 de septiembre de 1765.
Ecatepec, Estado de México, 22 de diciembre de 1815.
Obra gráfica original de Mauricio Galguera, 1990. Col. Biblioteca MAP.

Valladolid, la cual intentó conquistar durante su quinta campaña con poco éxito.

No obstante contar con Matamoros y Galeana —quienes eran sus gentes más cercanas y capaces—, las fuerzas que encabezaba Ciriaco de Llano, quien llevaba como su segundo a Agustín de Iturbide, les infringieron una devastadora derrota en Lomas de Santa María, una localidad cercana a Valladolid.

Éste fue el principio del fin: los jefes insurgentes tuvieron que abandonar a toda prisa Santa María, por lo que al darse cuenta la tropa salió en desbandada. Se cuenta que sólo Guadalupe Victoria, Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo lograron salvar parte de su armamento antes de retirarse. El general Morelos con un puñado de hombres, que no eran más de un ciento, se escapa-



Mariano
Matamoros.



Hermenegildo
Galeana.



Guadalupe
Victoria.



Nicolás
Bravo.

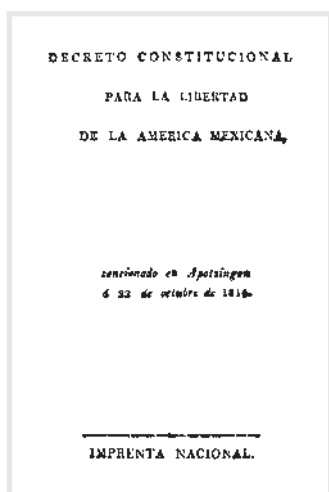
ron por Acaten y otros tantos con Matamoros por Atécuaro. Se perdieron alrededor de 2,000 elementos, armas, municiones, alimentos y equipamiento.

Tiempo después las fuerzas insurgentes se reagruparon, estuvieron en Tacámbaro, de ahí se dirigieron a Puruarán, donde fueron nuevamente atacados por Ciriaco de Llano a principios de 1814.

Aunque los insurgentes habían logrado reunir cerca de 3,000 hombres y alrededor de 20 cañones, parece ser que su ubicación en una planicie no era la mejor y fueron nuevamente derrotados. Fallecieron y fueron hechos prisioneros alrededor de 600 hombres, entre ellos Matamoros, quien fue fusilado en Valladolid el 3 de febrero siguiente. Esto no obstante que Morelos ofreció el canje de 200 prisioneros realistas a cambio de su libertad.

Y nuevamente consiguieron unirse, aunque había muchas disputas internas. A pesar de todo, el 22 de octubre de 1814 el Congreso promulgó en Apatzingán la primera Constitución en la historia de México.

Morelos, quien había tenido problemas con varios de ellos, se había reconciliado con el Congreso



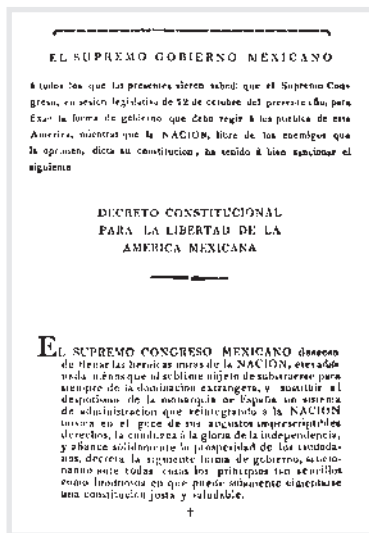
Portada del *Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana*, sancionada en Apatzingán. 22 de octubre de 1814. Col. Biblioteca MAP.

Primera página de la Constitución de Apatzingán. Col. Biblioteca MAP.

pocas semanas antes y colaboró en la corrección y redacción de los últimos artículos. Debido a la persecución del ejército realista, el Congreso redactó la Constitución entre las haciendas de Tiripetío y Santa Efigenia, y los principales redactores fueron José Manuel de Herrera, Andrés Quintana Roo, José Sotero Castañeda, Cornelio Ortiz de Zárate, Manuel de Aldrete y José María Ponce de León.

Unas semanas más tarde se dirigieron a Tehuacán, en Puebla. Todo parecía ir bien, cuando fueron interceptados por el coronel Manuel de la Concha, que encabezaba las fuerzas realistas. En la acción capturaron a Morelos y a 200 insurgentes. De la Concha fusiló ahí mismo a 150 insurgentes y a los otros 50 los mandó como esclavos a Manila. Al general Morelos lo entregó personalmente a Calleja en la Ciudad de México. Nicolás Bravo y los que habían logrado huir custodiando el Congreso nombraron a Ignacio Alas como nuevo vocal del Supremo Gobierno en sustitución de Morelos.

El general Manuel Mier y Terán quedó a cargo de la custodia del gobierno, pero ante el avance realista disolvió el Congreso el



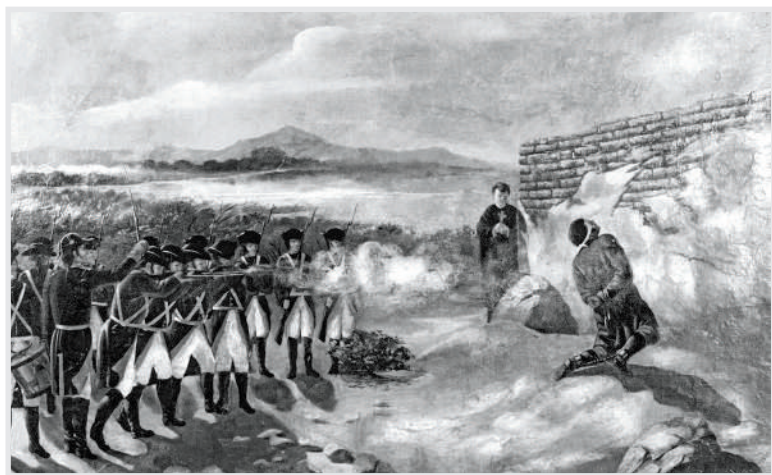


General Manuel Mier y Terán.

15 de diciembre de 1815 y lo sustituyó por una junta militar bajo su mando. Parece ser que no recibió el respaldo de muchos jefes insurgentes, por lo que nunca funcionó. Fueron momentos terribles, ya que la disolución del Congreso y la desaparición de los otros dos poderes fueron el final de la Constitución de Apatzingán. El

22 de diciembre fusilaron a Morelos en Ecatepec. Para muchos era la tumba del movimiento insurgente, pero por fortuna no fue así.

Revisé el diario de Morelos y vi lo que escribió de la capitana:



El 22 de diciembre de 1815 fue fusilado, en Ecatepec, el general José María Morelos y Pavón.

Llegó doña María Manuela Molina, india natural de Taxco, capitana titulada Suprema Junta. Esta mujer, llevada del fuego sagrado que inspira el amor de la patria, comenzó a hacer varios servicios a la nación, hasta llegar a acreditarse y levantar su compañía. Se ha hallado en 7 batallas, y entusiasmada con el gran concepto que al señor Generalísimo le han acarreado sus victorias, hizo viaje de más de 100 leguas por conocerlo, expresando después de lograrlo, que ya moriría gustosa, aunque la despedazara una bomba de Acapulco: ojalá que la décima parte de los americanos tuviera los mismos sentimientos.

Según he averiguado después, hubo muchas mujeres que participaron en la lucha armada.

Estaba preparando las preguntas que quería hacerle a doña Leona en nuestro próximo encuentro, cuando tocaron la puerta del estudio.

—Pase usted —era Domitila para preguntar de parte de doña Lala si quería tomar el chocolate de media tarde y bajar a jugar tresillo. Acepté el chocolate en el estudio y decliné la invitación al juego de naipes.



Vicente S. Largher. Orizaba, Veracruz.
Óleo 71 × 50 cm.
México, MAPorrúa, 2013.

A salto de mata y la Constitución

Esta mañana me esmeré en mi arreglo, porque doña Leona me había invitado a comer. Le había comentado mi gusto por esos platillos de la cocina mexicana que mezclan sabores diversos, como los moles, que llevan chiles, chocolate, almendras, jitomates, clavo, canela y un sinnúmero de ingredientes que hacen imaginar un desastre y resulta la mejor salsa que he probado en mi vida.

Ella me explicó que hay muchos moles diferentes y prometió invitarme a comer el día de Corpus Christi, cuando tradicionalmente preparan manchamanteles, con una receta muy propia de la capital que además de chile ancho, jitomate y almendras, lleva muchas frutas y un toque de azúcar; me intriga esa mezcla de dulce y picoso.

Cuando emprendí la caminata para ir primero al convento de San Jerónimo y comprar sus famosos calabazates, que le quería llevar a doña Leona, me encontré con un gentío que se había puesto sus mejores galas para presenciar la procesión de Corpus Christi. La encabezaba el presidente con uniforme de gala, el arzobispo, que llevaba el Santísimo Sacramento, y todos los ministros. Los seguían las hermandades, las cofradías, archicofra-

días, los bedeles de la universidad, las órdenes religiosas y todo un mundo de personajes que pertenecían a alguna agrupación.

A pesar de buscar las calles menos concurridas, tardé más tiempo del calculado y llegué con retraso a la cita con doña Leona. Entré sofocada y pidiendo disculpas.

—Se las debo de pedir yo, Marina; no tomé en cuenta, cuando la invité a la comida, que hoy la ciudad es un caos por la procesión; siéntese y descanse.

—Ahora le traen un agua fresca, debe estar sedienta.

Recibió con gusto los calabazates.

—Son de las jerónimas, ¿verdad? ¡Son inigualables!

Se sentó frente a mí y comenzamos la plática.

—Doña Leona, en nuestro último encuentro me platicaba sobre su vida en Chilpancingo.

—No estuvimos ahí mucho tiempo, porque estaba muy severo el acoso de las fuerzas realistas, por lo que tuvimos que irnos precipitadamente en enero de 1814. Nos trasladamos a Tlacotepec, donde se estableció el Congreso y reanudó sus sesiones.

”El problema —añadió— era que sólo había cinco de sus representantes, si mal no recuerdo: Quintana Roo, Verduzco, Liceaga, Herrera y Cos; así es que acordaron elegir a otros ocho miembros. Ahí comenzó un periodo muy duro, teniendo que cambiar constantemente de lugar, porque se incrementó la persecución realista.

”Los siguientes meses fueron terribles. Estuvimos, como dicen popularmente, a salto de mata, durmiendo donde se podía, en ocasiones sin nada de comer. Más de una noche dormimos a

campo traviesa con las estrellas por techo. Ahora que lo recuerdo me parece increíble haber resistido tantas penalidades.

”Nos sostenía la convicción de que todos esos sacrificios eran para tener una patria libre, y sin duda ayudaba la juventud —añadió.

Recordé que entre todas esas peripecias se decía que su hija Genoveva había nacido en una cueva. Viéndola sentada en ese hermoso entorno, con su porte distinguido y sus finos modales, me daba escalofríos pensar cómo vivió por años en condiciones paupérrimas. Entre más la conocía, más la admiraba; seguía con sus convicciones firmes a pesar de todo lo que había padecido, no sólo físicamente, sino también traiciones y bajezas.

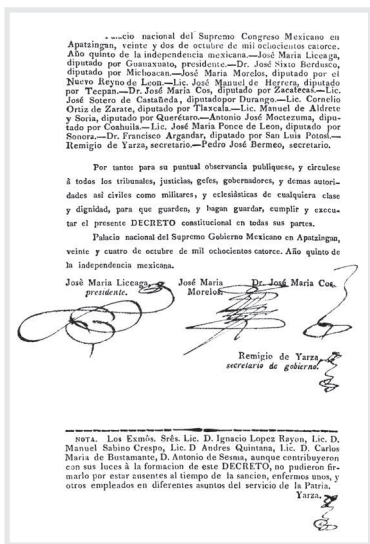
Se quedó pensativa y dijo como para sí misma:

—Una de las cosas que fueron más difíciles fue ver cómo surgían desencuentros, intrigas, pleitos.

—Es asombroso que en esas circunstancias se haya logrado promulgar la Constitución. Si estoy en lo cierto, ¿fue el 22 de octubre de 1814? —le pregunté.

—Sí. No obstante las muchas disputas internas consiguieron unirse y que el Congreso promulgara en Apatzingán la que fue la primera Constitución en la historia de nuestro país.

”La participación de Andrés fue importante, trabajó mucho en la redacción que revisó de cerca el general Morelos, sobre todo los últimos artículos. En realidad fue una hazaña, porque estábamos acosados por el ejército realista. El Congreso redactó la Constitución entre las haciendas de Tiripetío y Santa Efigenia.



Texto final de la Constitución de Apatzingán, 1814 (arreglo tipográfico).
 Col. Biblioteca MAP.

tado por San Luis Potosí. —*Remigio de Yarza*, secretario. —*Pedro José Bermeo*, secretario.

Por tanto: para su puntual observancia, publíquese y circúlese a todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores, y demás autoridades, así civiles como militares, y eclesiásticas de cualquiera clase y dignidad, para que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar el presente Decreto Constitucional en todas sus partes.

Palacio Nacional del Supremo Gobierno Mexicano en Apatzingán, veinticuatro de octubre de mil ochocientos catorce. Año quinto de la Independencia Mexicana.*

José María Liceaga | *José María Morelos* | Presidente | *Dr. José María Cos*.
Remigio de Yarza | Secretario de gobierno.

*Nota: Los excelentísimos señores licenciado D. Ignacio López Rayón, licenciado D. Manuel Sabino Crespo, licenciado D. Andrés Quintana, licenciado D. Carlos María de Bustamante, D. Antonio de Sesma, aunque contribuyeron con sus luces a la formación de este decreto, no pudieron firmarlo por estar ausentes al tiempo de la sanción, enfermos unos y otros empleados en diferentes asuntos del servicio de la patria.

Palacio Nacional del Supremo Congreso Mexicano en Apatzingán, veintidós de octubre de mil ochocientos catorce. Año quinto de la Independencia Mexicana. —*José María Liceaga*, diputado por Guanajuato, presidente. —*Dr. José Sixto Berdusco*, diputado por Michoacán. —*José María Morelos*, diputado por el Nuevo Reino de León.

—*Lic. José Manuel de Herrera*, diputado por Tecpan. —*Dr. José María Cos*, diputado por Zacatecas. —*Lic. José Sotero de Castañeda*, diputado por Durango. —*Lic. Cornelio Ortiz de Zárate*, diputado por Tlaxcala. —*Lic. Manuel de Aldrete y Soria*, diputado por Querétaro. —*Antonio José Moctezuma*, diputado por Coahuila. —*Lic. José María Ponce de León*, diputado por Sonora. —*Dr. Francisco Argandar*, diputado por San Luis Potosí. —*Remigio de Yarza*, secretario. —*Pedro José Bermeo*, secretario.

—¿Recuerda usted quiénes más colaboraron?

—Si no me falla la memoria: José Manuel de Herrera, José Sotero Castañeda, Cornelio Ortiz, Manuel de Aldrete y José María Ponce de León. Dentro de tantos malestares ese día fue luminoso: se eligió al Supremo Gobierno y organizamos un festejo. Nos pusimos la mejor ropa que encontramos, hubo una misa solemne, los diputados juraron guardar y hacer cumplir la Constitución, y después brindamos, comimos y bailamos.

—¿El general Morelos bailó?

—Déjeme contarle que yo bailé un par de polcas con él, y no lo hacía nada mal. Estaba tan contento que me conmovió. Al final declaró que era el día más feliz de su vida. De ahí nos trasladamos a Ario en Michoacán; de lo que le platicaré en otra ocasión, porque ya deben estar esperándonos para la comida.

Nos pusimos de pie y salimos al patio donde estaban tomando un aperitivo y unos tentempiés las hijas: Genoveva con su esposo, María Dolores con un pretendiente, y don Andrés. Acepté un jerez y me senté en la silla de mimbre que me ofreció.

Doña Leona me describió los platillos que íbamos a comer y se me hizo agua la boca: salsifís capeados, pescado blanco alcaparrado y el famoso manchamanteles. Los postres serían sorpresa.



María Ignacia Rodríguez, “La Güera Rodríguez”.

Ilustración de Óscar Castro.

Guillermo Barba en su novela *La conspiradora*, Editorial Planeta, 2019, nos dice:

“La Güera fue libre de cuerpo, pero también de mente. Tuvo dos estigmas: el primero, conseguir su propia libertad como mujer, y el segundo, la libertad de su patria. Ambas las consiguió a pesar de que tenía familia y de haber puesto en riesgo su riqueza. Desde 1808 hasta la consumación de la Independencia en 1821 se mantuvo viuda, fue madre de cinco hijos, arriesgó su vida, se enfrentó a la Inquisición y conspiró para alcanzar el sueño libertario”.

La Güera Rodríguez

Ya estaba poniéndose el sol cuando salí de la casa de doña Leona. Iba en un estado de excitación por la experiencia extraordinaria. Además de la comida, que fue realmente un banquete, la compañía fue única, ya que llegó doña María Ignacia Rodríguez, mejor conocida como “La Güera Rodríguez”.

Era legendaria por su belleza e inteligencia; tuvo tres maridos y se le atribuían romances con hombres famosos como Bolívar y el barón Humboldt. Fue personaje protagónico en la sociedad virreinal y sus relaciones las aprovechó para apoyar con disimulo el movimiento insurgente. Le dio generosa ayuda económica y les permitía refugiarse en las haciendas que tenía en Guanajuato. Lamentablemente eso poco se comenta, y lo que se destaca es su lado mundano.

No obstante ser mayor, debe rondar los 50 años, sigue muy hermosa, con unos ojos azules muy vivaces y sus rizos aún rubios; pero sobre todo

Imagen de María Ignacia Rodríguez,
publicada por don Artemio del Valle Arizpe
en su novela *La Güera Rodríguez*, México,
Manuel Porrúa, 1950, Biblioteca Mexicana.





El libertador Simón Bolívar.



Alexander von Humboldt.

seduce con su plática ingeniosa e inteligente. En confianza tengo que reconocer que los tres señores estaban encantados y... nosotras también, por lo que la sobremesa se prolongó.

Al llegar a la casa estaban en la sala doña Lala, su esposo don Irineo y don Teófilo, el huésped, tomando el chocolate de la tarde con mamoncitos de miel recién horneados. Ante la insistencia de la anfitriona, me senté un rato con ellos, aunque no acepté tomar nada, pues les comenté la larga comida que acababa de disfrutar.

Querían saber todo de “La Güera Rodríguez”, y a cambio don Irineo me platicó la anécdota de cuando la citaron en el Tribunal de la

Inquisición para interrogarla por su supuesta participación en la insurgencia.

Ella se defendió sacando a la luz algunas indiscreciones pecaminosas que sabía de miembros prominentes del clero. Su punto era probarles que había muchos chismes maliciosos, y lo mejor era no hacerles caso. La dejaron ir sin ninguna imputación, pero la mandaron desterrarse en una de sus haciendas.

La confiscación

Al subir al estudio me puse a revisar notas que había estado sacando de periódicos viejos, donde se comentaban noticias de los insurrectos Andrés Quintana Roo y su esposa Leona Vicario.

A raíz de su fuga del Colegio de Belén, la Real Junta de Seguridad y Orden trasladó la causa contra Leona y sus cómplices al auditor, el consejero de Estado, don Melchor de Foncerrada, quien, en primer lugar, el 21 de junio de 1813 solicitó que se procesara por separado a los reos Salazar y González, ya que, aunque eran cómplices de doña Leona, tenían otros crímenes por sí mismos.

A continuación instruyó que doña Leona, como reo ausente, fuese convocada por edictos y pregones, y como se había burlado de la autoridad judicial —al declarar únicamente lo que quiso y como quiso y al escapar del Colegio de Belén— se determinó que no era conveniente continuar las diligencias para averiguar quiénes la ayudaron, porque se podían originar atropellos injustos.

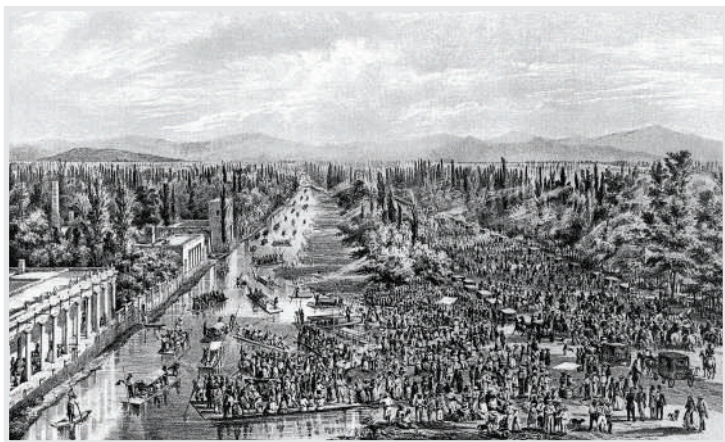
El virrey aceptó y decretó el 1º de julio que Leona fuese llamada por edictos y pregones, los cuales se fijaron en tres ocasiones en las esquinas de Provincia y del Portal de Mercaderes. En ellos se establecía que debía presentarse, dentro del término

de nueve días, ante el señor virrey o en una de las cárceles de la ciudad. Decía la nota del diario: “á tomar en traslado su causa y defenderse”. Si actuaba de esa manera, sería escuchada su defensa y se le administraría justicia. De no hacerlo así, se proseguiría el proceso sin volverlo a emplazar, hasta pronunciar sentencia definitiva y condenarla en costas.

Por alguna razón el juicio no siguió, a pesar de que doña Leona continuó prófuga; quizás hubo alguna petición del tío Agustín Pomposo, quien era un realista consumado, que seguramente era muy bien visto por el virrey.

Sin embargo, eso no impidió que éste, arbitrariamente, ordenara, el 5 de marzo de 1815, que del dinero que el Consulado de Veracruz debía a doña Leona se enviaran 50,000 pesos al comandante general del apostadero de Marina de La Habana, la mitad del resto a la Plaza de Panzacola, y la otra mitad a la isla del Carmen. No conforme con ello, el 4 de julio del siguiente año ordenó la confiscación de todos sus demás bienes, que fueron rematados a precios ínfimos.

El paseo de La Viga



El canal de La Viga unía los lagos de Texcoco y Chalco, era hermoso y sin disputa el paseo más animado de la capital. El muelle o embarcadero era lugar de confusión, ahí se mezclaban los gritos del robusto pulquero con los del trajinero en la búsqueda de pasajeros para su canoa; también participaban los pregones de los fruteros, de los dulceros, y por supuesto los gritos de júbilo de la multitud.

En Casimiro Castro y J. Campillo, *México y sus alrededores*,
México, Decaen Editor, 1855, 1856. Biblioteca MAP.

Ayer por la mañana un propio me trajo un mensaje de doña Leona para acompañarlos el siguiente domingo a un paseo por el canal de La Viga, visitar el pueblo de Santa Anita y comprar flores. Contesté entusiasmada que con mucho gusto iría.

Es uno de los paseos más populares en la ciudad. Se hace en una trajinera con su parasol, mesa y sillas, decorada con flores y

se convive en canoas en las que van músicos e indias que venden comida típica como los tamales, enchiladas y toda una variedad de bocados preparados con maíz y flores y verduras.

Llegué muy puntual y ya estaban listos la carretela y un carruaje, uno jalado por caballos y el otro por mulas. En el primero nos acomodamos doña Leona, quien lucía muy guapa con un vestido verde y se cubría con un precioso rebozo de seda en tonos cafés y dorados; don Andrés y don Carlos María de Bustamante con su joven esposa. En el carruaje iban las hijas con los nietos y sus amigas. El esposo de Genoveva y los demás jóvenes iban a caballo, y nos acompañarían trotando por la calzada que bordea el canal.

Fue un paseo gratísimo, Bustamante es muy agradable y platicador. Me contó algunas anécdotas de doña Leona en los peligrosos momentos que vivieron en varias ocasiones, cuando iban huyendo de los soldados realistas y el valor que siempre mostró. Ella sonriendo aclaró:

—Eso mostraba por fuera, por dentro me moría de miedo.

Lo cual nos hizo reír y que don Andrés con ternura le diera un beso en la mejilla.

Bajamos de la trajinera en Santa Anita, linda población rodeada de chinampas, ese prodigio que inventaron en estas tierras hace cientos de años. Los ingeniosos indios construyen dentro del agua una especie de jaula con carrizos, y la van relleno de lodo, ramas y piedras, hasta que sale de la superficie, como 40

centímetros. Le siembran en las orillas el árbol llamado ahuejote, que echa raíces al fondo del lago y la vuelve un islote fijo. Tienen uno de los índices más altos de productividad del mundo; dicen que pueden llegar a dar hasta cuatro cosechas al año, entre las que sobresalen las de hortalizas y flores.

Esto se hace evidente ya que se encuentran por todos lados. Nos tenían preparada una gran mesa con la comida, que fue de sabrosos guisos mexicanos. Probé por primera vez los huitlacoques, unos hongos negros del maíz, de aspecto poco atractivo pero deliciosos. Hubo música y los jóvenes bailaron, fue como una fiesta. Antes de irnos compramos flores; fue un dilema escoger entre las amapolas, agapandos, alhelíes y rosas. Doña Leona sugirió que nos hicieran ramos con una mezcla de todas ellas, y así nos dimos el gusto completo; la carretela se llenó de un exquisito aroma de flores.



La fortaleza de San Juan de Ulúa fue mandada construir por los españoles, al mando de Hernán Cortés, en 1519 con el fin de prevenir los ataques de piratas y corsarios de la época. Se ubica frente a las costas del golfo de México en la ciudad y puerto de Veracruz.

Carlos María de Bustamante

Al entrar a la casa doña Lala se emocionó con el gran ramo de flores, por lo que tuve que dárselo. Lo colocó en la mesa del vestíbulo en un precioso florero de porcelana, que presumía que perteneció a su abuela, así es que todos lo podíamos disfrutar.

El día había sido ajetreado y lo único que deseaba era ponerme cómoda y sentarme en la mesa de trabajo a vaciar las impresiones del día. Acepté que Domitila me subiera un chocolate y empanadas. Curiosa por conocer más datos de Bustamante hagué en libros y recortes de periódicos.

Es sabido que durante las épocas del Congreso de Chilpancingo y todas las aventuras que vivieron esos años, la cercanía con la pareja Quintana Roo fue muy estrecha. Sin embargo, tuvieron roces particularmente en la elaboración de los documentos en que ambos participaban como la Constitución.

Tras el fusilamiento de Morelos, cuando el movimiento insurgente parecía liquidado, Bustamante aceptó el indulto, aunque ello no le impidió pasar casi dos años preso en San Juan de Ulúa.

Eso molestó mucho a doña Leona, quien lo vio como una traición. Don Andrés, más comprensivo, lo justificó y comentó con su esposa la posibilidad de considerar el indulto. A ellos te-



Carlos María Bustamante.

nían años ofreciéndoselos, pero ella se negó rotundamente. Unos años más tarde se reanudó la amistad.

Don Carlos ha sido una personalidad polémica, fructífero escritor tanto en la prensa como autor de muchos libros; en 1805 fundó el *Diario de México*, y después tuvo un papel destacado en el periódico insurgente *El Correo del Sur*, entre varios otros.

Un aspecto interesante es su indigenismo: manifiesta abiertamente que el fundamento ideológico del nuevo país independiente debe ser la cultura originaria, que ahí están nuestros verdaderos valores. Esta idea ha sido desechada por la mayoría de los historiadores y políticos.

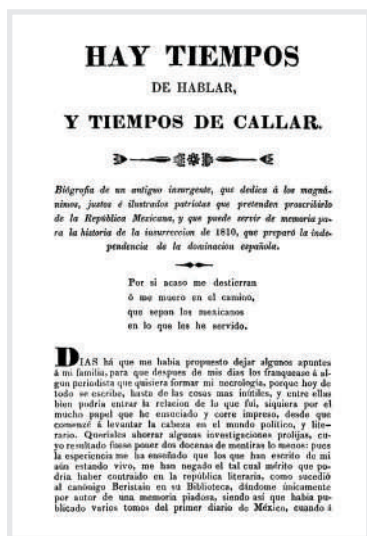
Su vasta obra es muy dispareja y dispersa, pero a mí me parece que tiene gran valor testimonial, aunque no es fácil de leer, ya que es muy rebuscado y tiene muchas citas en latín. Ahora está trabajando su *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, lleva varios volúmenes y dice que aún le falta mucho.

En persona es sencillo, agradable y platicador. Enviudó de doña Manuela Villaseñor, quien era amiga cercana de doña Leona, y se volvió a casar con la joven que lo acompañaba, a quien llama mi “Chatita”, que fue su discípula. Es bonita y muy callada, pero supongo que es culta e inteligente, pero la personalidad del marido la eclipsa.

La fuga y Erongarícuaro

La siguiente semana me citó doña Leona por la tarde; como siempre me fui con tiempo y aproveché para pasar al Portal de los Agustinos, a la librería de don José María Andrade, donde hay una tertulia a la que asisten escritores de renombre. Quería comprar la autobiografía de don Carlos María de Bustamante, que tiene un título muy provocador: *Hay tiempos de hablar, y tiempos de callar*. No la tenían, pero quedaron de conseguírmela.

Al salir me deslumbró el sol del atardecer que iluminaba con una luz dorada la gran Plaza Mayor. Es majestuosa, al verla siempre me emociona pensar que debajo quedó guardada la impresionante Tenochtitlan.



Primera página de *Hay tiempos de hablar, y tiempos de callar*.
Biografía de un antiguo insurgente, que dedica a los magnánimos, justos e ilustrados patriotas que pretenden proscribirlo de la República Mexicana, y que puede servir de memoria para la historia de la insurrección de 1810. Carlos María de Bustamante, Imprenta de Valdés, a cargo de José María Gallegos, 1833, 36 pp.

Toqué el aldabón a las cuatro en punto y me abrió la afable María, quien no perdía el buen carácter a pesar de sus años que le pesaban para caminar. Me pasó al estudio donde ya se encontraba doña Leona sentada en la mesa de trabajo, escribiendo con gran concentración. Me senté en silencio para no interrumpirla. Se advertía su temperamento incluso al escribir: metía la pluma en el tintero con rapidez, la sacudía con impaciencia en el secante y se iba sobre el papel con firmeza.

En un momento dado levantó la cabeza, me vio de reojo y se sobresaltó.

—¡Marina! No la escuché entrar.

Nos pusimos de pie y nos dimos un abrazo afectuoso. Le agradecí nuevamente el paseo al Canal de La Viga y comentamos algunos pormenores de ese día tan feliz.

Pidió el chocolate que se acostumbraba a esa hora, y como siempre llegó acompañado de golosinas. Hoy fueron bocados de dama.

—¿Comenzamos?

—Nos quedamos en que se fueron a Ario.

—¡Ah, sí!, ahí empezó la parte más dura, ya que el acoso de los realistas estaba feroz, así es que tuvimos que partir precipitadamente. Los miembros del Supremo Congreso, del que Andrés era parte, se trasladaron a Uruapan, regresaron a Apatzingán y volvieron a entrar en Ario. Y ahí íbamos algunas mujeres pernoctando donde se podía y comiendo lo que fuera.

”Casi tres meses anduvimos así. Cuando regresamos a Ario había terminado el plazo de la diputación de Andrés, y decidimos que ya no los acompañaríamos a Tehuacán.

—¡Doña Leona, suena terrible lo que vivieron!

—Estábamos en un estado de total agotamiento, con los pies destrozados. Andrés tenía una tos que no cedía, y yo tenía el cuerpo cubierto de ronchas. Necesitábamos un descanso y ver cómo iba lo de mi juicio. Me habían informado que me confiscaron todos mis bienes.

—¿A dónde se fueron?

—Andrés tenía un conocido que hacía muebles en Erongarícuaro, un pequeño pueblo junto al lago de Pátzcuaro. Llegamos a preguntar a la pulpería del pueblo por don Isidoro Montiel. Querían saber quién lo buscaba, y Andrés dio otros nombres.



Erongarícuaro significa “lugar de espera” en el idioma purépecha.

Es un municipio en el estado de Michoacán, constituido el 10 de diciembre de 1831, lo conforman 21 poblaciones. Su cabecera municipal es el pueblo del mismo nombre.

No sabíamos quién era simpatizante de los realistas y éramos bastante conocidos por la cercanía con el general Morelos.

”Un propio nos guio al taller de don Isidoro; se sorprendió al ver a Andrés y después de unos momentos lo saludó efusivamente. Nos llevó a su casa, donde por fin comimos una comida completa, sencilla, pero sabrosa y bien servida.

—¿Cuánto tiempo se quedaron ahí?

—Como nueve meses. Andrés consiguió trabajo en el almacén de muebles de don Isidoro, ayudando con las cuentas y organizando el archivo; y yo me puse a trabajar en un taller que hacía mantas. Rentamos lo que era casi una choza, pero teníamos un techo para nosotros solos y eso ya era ganancia.

”Tuve que aprender a cocinar, y descubrí que me agradaba mucho: la cocina michoacana es extraordinaria. A veces conseguía pescado blanco que sólo se da en ese lago y es un manjar. Aprendí a preparar uchepos, unos tamales de la región que le encantan a Andrés. Él estaba feliz con mi nuevo aprendizaje.

”Le voy a decir una cosa, Marina, las penurias y contratiempos hacen valorar muchas cosas que usualmente damos por hechas. Ahí nos enteramos de las derrotas insurgentes que finalizaron con la detención, juicio y fusilamiento del general Morelos. Fue un golpe terrible. Concluía un periodo que tuvo momentos gloriosos y pérdidas tremendamente dolorosas.

Comenzaba a oscurecer cuando entró el mozo Salustio con un mechero para prender las lámparas.

—¿Se ofrece algo, señora? —preguntó solícito.

—¿No cree que nos irían bien unos anicetes, Marina? —me preguntó, al tiempo que se paraba para ajustar las flamas.

—Salustio siempre prende lo máximo de luz, yo la prefiero más tenue. Es más acogedor. Vamos a continuar —expresó.

”El gobierno virreinal aprovechó el desánimo generalizado y ofreció indultos y amnistías a las que se acogieron muchos insurgentes, incluso varios de nuestros amigos más cercanos, lo que le confieso me dolió profundamente.

”Nosotros no aceptamos, a pesar de que nos lo ofrecieron varias veces. El jefe realista Manuel de la Concha fue cajero de mi papá y me presionaba, pero le mandé decir que no insistiera o la pagarían sus emisarios.

”Yo confiaba en que los insurgentes finalmente se reagruparían. Vicente Guerrero seguía en las montañas del sur, en Veracruz, Osorno y Victoria, y había pequeñas partidas de rebeldes en distintas zonas montañosas que no se rendían. Se había invertido mucha sangre, muchas vidas; no podíamos darnos por vencidos.



Vicente Guerrero.

Las campanas de Santo Domingo llamaban al rosario y pronto oscurecería. Doña Leona me acompañó a la puerta y me despidió con un afectuoso:

—¡Vaya con cuidado!

Caminé hasta la Plaza Mayor que a esa hora tenía mucho movimiento, iban y venían las personas que salían de sus trabajos. Las jovencitas vigiladas por sus madres caminaban alrededor del atrio de la Catedral, en el paseo que llaman de “Las Cadenas”, por las que sostienen los pilotes que resguardan el espacio; en sentido contrario caminan los muchachos. Es muy gracioso ver cómo intercambian miradas, y cuando se distraen las chaperonas se dan furtivamente cartitas.

Al anochecer, en el Portal de Mercaderes se colocan en mesillas los vendedores de dulces: caramelos de esperma, almendras garapiñadas, turrón de almendra, gorditas de horno, rosquitas de maíz cacahuacintli. Me distraje viendo las mercancías y escuchando los simpáticos pregones con que las anuncian. Compré unas gorditas y decidí tomar un coche de sitio, porque ya estaba oscuro y las banquetas son un desastre, por lo que no es difícil caer en un hoyanco y romperse un pie. Abordé un “Simón” y le indiqué al cochero la dirección. Arreó las mulas y arrancó trabajosamente con una oscilación constante y una trepidación que me hacía botar en el duro asiento. Pensé que quizás hubiera sido menos riesgoso caminar.

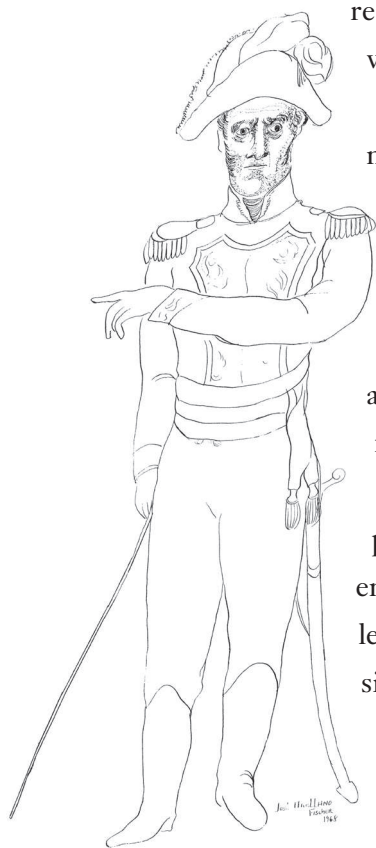
El parto en una cueva

La siguiente semana al llegar a la plaza había un movimiento inusitado con muchas carretas con mercancías, que tenían que pagar impuestos y alcabalas en la aduana. Al día siguiente se celebraba un gran tianguis en la cercana Plaza de Santa Catarina. Poco a poco iban entrando las carretas por el enorme portón del imponente edificio de tezontle y cantera, que se encuentra en el lado oriente del imponente recinto.

Al entrar a la casa vi que estaba dispuesta la mesa del corredor con una charola y una jarra de un líquido morado, que



La plaza colonial de Santa Catarina en el barrio de La Lagunilla,
Centro Histórico de la Ciudad de México.



Antonio López de Santa Anna.
Dibujo a tinta de José Arellano
Fischer, 1961. En *Los gobernantes
del México independiente*, México,
Manuel Porrúa, 1969.

resultó ser pulque curado de tuna morada, vasos y platitos con distintos bocadillos.

Me senté en una de las mecedoras de mimbre, y mientras esperaba recordé que cuando le entregaron la casa a doña Leona, en compensación por los bienes que le habían confiscado, la familia Quintana Roo se instaló en la parte alta y alquilaban la planta baja. Un tiempo fue su inquilino Antonio López de Santa Anna, antes de tomar posesión como presidente, una de las tantas ocasiones en que ocupó el cargo. Seguramente ahí le tomó gran afecto a doña Leona, pues siempre habla de ella elogiosamente.

Apareció sonriente, vestida de azul con un chal ligero sobre los hombros y unos preciosos aretes que parecían de zafiros y le daban un bello marco a su piel sonrosada, que contrastaba con el cabello negro que dejaba ver algunas canas plateadas.

Me platicó de las peripecias que vivieron esos años yendo de un lugar a otro, siempre con el temor de ser descubiertos. Decidieron irse a Sultepec, que se suponía era un lugar muy seguro.

Ella es de muy buena salud, pero comenzó a tener algunos malestares y se dio cuenta que estaba embarazada.

—Debo confesarle —dijo—, que tuve sentimientos encontrados. Estábamos muy felices de tener un hijo, pero no eran las mejores circunstancias. Por fortuna las molestias se me pasaron y le dije a Andrés que continuáramos el camino; pero Genoveva tenía prisa por nacer y nos tuvimos que refugiar en una cueva en el monte Achipixtla, y ahí di a luz.

—¡En una cueva!, doña Leona, ¡no me lo imagino!

—Andrés fue a un poblado cercano y buscó una comadrona que me ayudó y todo salió muy bien. Era una niña sana que no dio problemas, como si supiera que la situación ya era de por sí complicada.

”Siempre hay gente buena que ayuda: las mujeres del pueblo nos llevaron ropa y comida, y me estuvieron atendiendo hasta que pude bajar y nos quedamos un tiempo en una choza que nos prestaron.

”Cuando recuperé las fuerzas seguimos el camino a Sultepec, en la sierra de Tlatlaya, ahí teníamos conocidos. Es un lugar muy escondido, en tierra caliente, así es que nos sentíamos seguros. Nos instalamos en Tlacocuspa, un ranchito en una barranca que tenía una rica vegetación, y fue toda una experiencia, porque trabajamos en el campo y con los animales. Una vida totalmente distinta, dura, sin embargo, en muchos sentidos placentera.

”Una de las cosas que recuerdo con gusto son los dulces que me enseñaron a preparar las mujeres del rancho. En este país hay

un don natural para cocinar, no se necesita dinero, con los ingredientes que tienen a la mano preparan cosas muy sabrosas.

—¿Cómo qué, doña Leona?

—Los tamales de capulín; unas rosquitas de manteca, piloncillo y canela, isabrosísimas!, se las vamos a hacer un día de estos; ates de frutas de las que abundan en la región; no lo va a creer, ¡hasta un dulce de pipián! Con tanta fruta también hacen bebidas: licores, rompopo, el charape, que es muy de allí, y pulques curados. Pero no podía durar.

—¿Hasta allá llegaron los realistas? —pregunté.

—Andrés apareció una tarde angustiado, porque en el pueblo le dijeron que habían visto un pelotón de soldados que buscaban fugitivos insurgentes y estaban peinando la zona.

“La primera reacción fue escapar, pero nos dimos cuenta que con Genoveva era una imprudencia. Llegar ahí había sido una hazaña y corrimos muchos peligros. Tomamos una de las decisiones más difíciles de nuestras vidas: aceptar el indulto y que Andrés tratara de escapar y conseguir ayuda. A mí y a la niña no nos harían daño. Atropelladamente redactó y firmó una petición de indulto, me la dejó y se fue.

Ahí terminamos ese día la plática. A doña Leona evidentemente le afectó recordar esos momentos tan dolorosos, se le cortó la voz y se le anegaron los ojos. Me senté junto a ella en el sofá de mimbre, le estreché la mano y así nos quedamos en silencio hasta que se tranquilizó y nos despedimos con un estrecho abrazo.

El indulto

Llegué a la casa con un ánimo triste, me rompió el corazón ver la congoja de doña Leona al recordar el momento de aceptar el indulto. Es una mujer tan fuerte, acostumbrada a librar batalla tras batalla, pero ante ésta tuvo que ceder por el bienestar de su pequeña.

Doña Lala me recibió con su habitual jovialidad.

—¡Marina, qué bueno que llega para la comida! Le van a tocar la crema de quintoniles y hoja santa que tanto le gusta, chiles rellenos de hongos silvestres, que me consiguió mi marchanta del mercado, y de postre ¡torrejas!

Ante tanto entusiasmo no pude decirle que no tenía apetito; subí a lavarme en el aguamanil que siempre me tiene con agua limpia Domitila, y bajé sin muchas ganas; pero confieso que las recuperaré cuando saboreé la comida.

La tarde la dediqué a revisar todos los documentos y testimonios que tenían información de lo que sucedió después de la detención de doña Leona y la chiquita.

El 14 de marzo de 1818 las tropas realistas, con 20 dragones, llegaron al rancho bajo las órdenes de don Vicente Bargas y don Ignacio Martínez, dos antiguos jefes insurgentes indultados,

muy conocidos por doña Leona, que ya servían al gobierno español. Se la llevaron a San Pedro Tejupilco, donde la tuvieron detenida en el Palacio Municipal.

Se le comunicó la aprehensión al comandante de Temascaltepec, el teniente coronel Miguel Torres, y se le envió la solicitud de indulto presentada por Leona, que concedió de inmediato y dio órdenes de que llamaran a Quintana Roo.

Entre tanto, don Andrés, escondido, se enteró por unos arrieros que se decía que una prisionera había sido “estropeada y escarnecida”. Angustiado y arrepentido de haberla dejado entró en pánico, pensando que podían fusilarla, y tomó la decisión desesperada de escribir una carta al comandante Torres, en la cual le decía que:



Iglesia de San Pedro Apóstol en Tejupilco de Hidalgo.

[...] por haber sido miembro de todos los gobiernos revolucionarios durante siete años, había podido adquirir suficiente conocimiento de la empresa (de Independencia) y de los perjuicios que resultarían á la América de que se llevase al Cabo, quando su verdadero interez es inseparable de su unión con España; que en fuerza de este desengaño, se habría presentado, desde hacía días, á recibir la real gracia del Yndulto si no se lo hubiesen estorbado dificultades insuperables; pero que hoy, aprehendida, maltratada y vejada su esposa doña María Leona Vicario, él no podía menos que estar en ánimo de indultarse y hacer quantos servicios pudiera al Monarca español, si se le afianzaba la libertad, buen trato y seguridad de su citada esposa, se le restituían todos sus derechos de ciudadana y se echaba un velo sobre los acontecimientos que habían motivado su proceso en 1813; que para él nada exigía y todo lo dejaba á la buena fe y clemencia del Gobierno, y que si fuesen necesarios algunos sacrificios, quería sufrirlos en su persona exclusivamente, con tal de que no se siguiera el menor perjuicio a su esposa ni se la incomodara por ningún motivo.

Mandó la carta con un campesino y al día siguiente se entregó. Lo instalaron con doña Leona en espera de la confirmación del indulto por parte del virrey. Éste se confirmó el 27 de marzo, pero con la condición de que se fueran a España en calidad de desterrados. En tanto se llevaban a cabo los trámites para el destierro, fueron confinados en la ciudad de Toluca, donde tuvieron que permanecer en total retiro hasta 1820.

No conformes con la disposición, don Andrés elevó dos peticiones sucesivas al virrey, suplicándole que se derogara y que le fueran devueltos todos los bienes a su esposa.



El Palacio Municipal de la ciudad de Toluca, Estado de México.

Se enteraron que el 5 de septiembre de 1818 se había notificado que esos bienes habían sido ya confiscados, buena parte de ellos consumidos, y el resto ya se había distribuido. Sin embargo, con el fin de que cumplieran la pena del destierro se libraba orden al Tribunal del Consulado en Veracruz para que les proporcionaran 8,000 pesos. El Consulado estaba quebrado y nunca hubo dinero para el viaje.

Vida en Toluca y la restitución

Mientras caminaba hacia la casa de doña Leona en una mañana luminosa, me cruzaba con los distintos vendedores que pregonan sus mercancías con gritos proferidos por centenares de voces discordantes imposibles de entender al principio... “¡Carbón, señor!”, el cual —según la manera como se pronuncia— suena como “¡Carbosiú!”. Más allá aparece el mantequillero: “¡Mantequía! ¡Mantequía de a real y di medio!” “¡Cecina buena, cecina buena!”, interrumpe el carnicero con voz ronca. Le sigue



Indios carboneros y labradores de la vecindad de México.
Imagen tomada de Carlos Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte
más interesante de la República Mexicana, 1820-1834*, México, Manuel Porrúa, 1963.
Col. Biblioteca MAP.



El Pulquero.

Litografía de Eziquio Iriarte.

En *Los mexicanos pintados por sí mismos*, México, MAPorrúa, 2011.

el vendedor de petates: “¿Quién quiere petates de Puebla, petates de cinco varas?”. Así hay decenas que van por todos los rumbos de la ciudad desde temprano en la mañana hasta el anochecer.

A una india muy bonita, que cargaba a su pequeño hijo en la espalda envuelto en el rebozo, con notable habilidad porque le dejaba las manos libres para ofrecer roscas de canela, le compré varias para llevárselas a doña Leona, conociendo su gusto por las golosinas.

Cuando entré a la casa, como acostumbraba cuando nos veíamos por la mañana y el clima estaba agradable, en el patio ya estaba dispuesta la charola con una bebida y algún tentempié. La jarra de cristal tenía un líquido amarillo que despedía un sabroso aroma. Cuando apareció doña Leona le pregunté qué era.

—Es pulque curado de guayaba del que me traen de Ocotepéc.

Se refería a la hacienda pulquera que recibió como parte de la compensación por los bienes que le confiscaron.

—Me han dicho que es un lugar hermoso, doña Leona.

—Así es, Marina, la próxima vez que vayamos la voy a invitar. La hemos trabajado mucho. Le voy a decir que ahí sí ha sido básicamente mi labor; Andrés está tan ocupado que no tiene tiempo de atenderla, y aunque tenemos un buen administrador hay que estar pendientes de todo, hacer las cuentas, revisar que se hagan las obras. Requiere mucho esfuerzo lograr que marche bien, pero yo lo hago con mucho gusto.

—¿De qué vamos a hablar hoy? —me preguntó.

—¿Cómo fue su vida en Toluca?

—Difícil, por fortuna tenía unas primas, la familia de mi mamá era de allá, y ellas nos ayudaron. No teníamos dinero y por lo pronto nos prestaron una casita, y en cuanto tuvimos ingresos les pagamos renta.

—Andrés hacía trabajos de corrección de estilo para un impresor y daba tutorías a jóvenes que estudiaban para ser abogados, y mis primas me consiguieron que les diera clases de francés a las hijas de sus amigas.

”Andrés logró comunicarse con su familia en Mérida y le enviaron un pequeño capital que era su parte de la herencia de la mamá. Eso nos ayudó para adquirir algo de muebles y hacer más acogedora la casa.

”Se suponía que no podíamos ir a la Ciudad de México, pero teníamos que resolver muchos asuntos. Primero lo del dinero que nos iban a dar para el supuesto viaje a España, que nunca hubo nada; batallar para que se me devolvieran mis bienes, a lo que tenía derecho al haber aceptado el indulto. También pedimos que se me devolvieran los capitales que me había heredado mi madre.

—¿Cuánto tiempo estuvieron ahí?

—Casi dos años. Finalmente en 1820 pudimos regresar, Andrés concluyó los trámites para obtener su titulación y pudo integrarse al Real Colegio de Abogados con lo que ya le fue posible trabajar.

—¿Dónde vivieron?

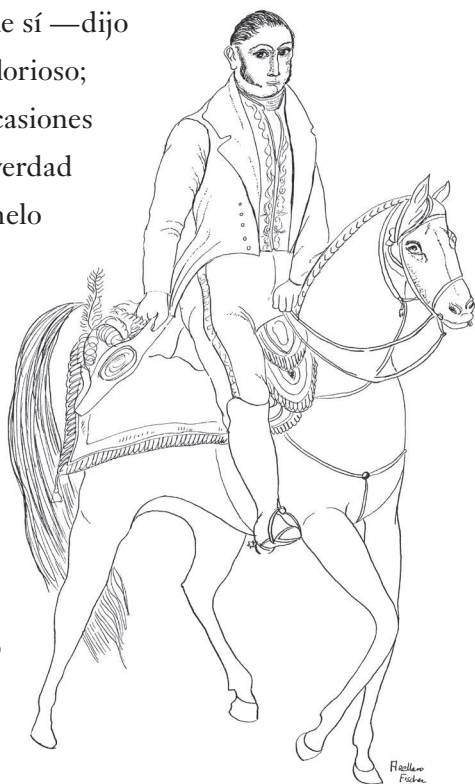
—Alquilamos una casa en la calle de Zuleta que nos gustó porque estaba cerca de la Alameda, y a Genoveva le encantaba ir. Al poco tiempo de estar ahí me embaracé de María Dolores, que nació en agosto del año siguiente, así es que se volvió un bonito paseo para las niñas.

—O sea que fue hija de la Independencia, porque nació poco antes de la consumación.

—Pues podemos decir que sí —dijo riendo—. Fue un momento glorioso; luchamos tanto y en tantas ocasiones parecía todo perdido que de verdad fue la consumación de un anhelo largamente esperado.

—¿Cómo fue la relación con Iturbide?

—Al principio muy buena, nos buscó y convocó a Andrés a los eventos celebratorios, y al poco tiempo lo designó subsecretario de Relaciones Interiores. No duró mucho porque tuvo diferencias con varios de los planteamientos que hacía el empera-



Agustín de Iturbide.

Dibujo a tinta de José Arellano Fischer,
1961. En *Los gobernantes del México
independiente*, México, Manuel Porrúa, 1969.

dor, que contradecían principios que se habían planteado desde que inició el movimiento insurgente.

”Andrés, quizás imprudentemente, hizo públicas sus opiniones, lo que indignó a Iturbide, quien lo destituyó e hizo que se publicara la destitución en el periódico oficial. Le aconsejaron a Andrés que se alejara un tiempo porque había el riesgo que lo mandara aprehender.

”Se fue unos meses a Toluca y yo me quedé con las niñas para no interrumpir los trámites para la devolución de mis bienes.

”Durante ese año Andrés fue electo como diputado a Cortes en Cádiz por la capital, para el periodo de 1822 a 1823. Sin embargo, entre el problema con Iturbide y que no teníamos recursos suficientes para que realizara el viaje a la península, no pudo ir.

—Finalmente logró la restitución de sus bienes, ¿le pareció justa? —pregunté.

—La verdad fui moderada en mi solicitud, porque tenía derecho de sobra para que se me restituyera íntegramente el capital y todos mis demás bienes, que además de la casa y un carruaje incluían mis alhajas, vestidos, muebles, vajillas y en general todo lo que tenía en mi casa. Yo sólo pedía una compensación igual a las que les concedieron a otros insurgentes que, no quiero parecer falta de modestia, no habían colaborado ni cercanamente tanto como yo lo hice.

”Afortunadamente los miembros del Soberano Congreso supieron valorar mi participación en el movimiento y el monto de lo que se me había despojado.

—¿Tengo entendido que lo logró hasta 1823? —pregunté.

—Así es, finalmente los días 17 y 18 de diciembre de ese año aprobaron unánimemente que se me pagara el capital impuesto sobre el Consulado de Veracruz y los intereses insolutos. Me dieron en compensación la hacienda de Ocotepec, que por cierto reportaba un gravamen de 87,095 pesos y tres casas. Ésta fue una de ellas, y las más pequeñas que están aquí a la vuelta, que son de renta.

La charla había sido larga y me despedí, porque se acercaba la hora de la comida, y sé que a doña Leona le gusta ir personalmente a supervisar y dar los últimos toques de sazón.



Anastasio Bustamante,
presidente de la República en tres periodos:
primero, 1830-1832; segundo, 1837-1839 ; y tercero, 1839-1841.

Pleitos sin fin: Anastasio Bustamante y Lucas Alamán

Llegué a la casa justo cuando se estaban sentando a comer. Doña Lala me recibió afectuosa y ordenó que me trajeran la sopa, aunque ellos ya estaban en el guisado. Mientras me servían me preparé una tortilla, que en ese momento llegaban calientitas del comal, donde las elaboraba Tomasa con gran habilidad. Le puse sólo un toque de salsa verde, porque suele ser muy picosa, pero cada día le tomo más el gusto a los chiles en todas sus formas. La abundante comida culminó con un exquisito postre de piñones con soletas.

Al subir a mis habitaciones tuve que tomar una siesta para asentar la comida y procesar en sueños la larga plática con doña Leona. Al despertar me metí de lleno a revisar documentos que había copiado en el archivo del Ayuntamiento y en los periódicos de esa época.

Confirmé una vez más que doña Leona y don Andrés son unos luchadores. Encontré el documento donde Quintana Roo escribe un ataque contra el presidente Anastasio Bustamante quien, entre cosas, había traicionado a don Manuel Gómez Pedraza y lo obligó a expatriarse. Al regresar, enfermo y pobre a Veracruz, tuvo que volver a tierras extranjeras por orden del ministro de Guerra y Marina, don José Antonio Facio.

La denuncia de don Andrés en el periódico *El Federalista* indignó al gobierno de Bustamante, y trataron de destruir la imprenta donde se hacía el diario. Al no lograrlo fueron a su casa, y como no estaba los recibió Leona sin saber de lo que se trataba. Después de un rato se marcharon y se enteró que afuera habían estado los esbirros de Facio esperando que llegara don Andrés para aprehenderlo.

Doña Leona se sintió engañada y tras consultarlo con don Juan Goribar y don Lorenzo Carrera, y acompañada de ambos, se dirigió a palacio esa misma noche, con el objeto de pedir al presidente Bustamante —dice ella en la declaración—: “la protección de la autoridad pública, ó, en caso de que ésta no pudiese dispensármese, buscar por mí misma mi seguridad”.

Finalmente pudo ver al presidente el día siguiente y le manifestó el temor que abrigaba de que su marido fuese víctima de algún atentado, y añadió que si Quintana Roo se excedía o cometía errores en sus escritos, debía ser reprimido con otros y no con medios violentos.

Bustamante aparentó apoyarla, llamó al comandante general, Felipe Codallos, para darle instrucciones, y éste se comportó de manera insolente, negando que hubieran pretendido agredir a Quintana Roo, que sólo buscaban una satisfacción. Leona dijo al presidente “que, no siendo sultán de Constantinopla, sino jefe [*sic*] de una república libre, no debía permitir que en su presencia se hiciese aquella burla de las leyes, por un funcionario como el Sr. Codallos”, y se fue muy molesta.

La entrevista de doña Leona con Bustamante fue muy comentada negativamente por los periódicos gobiernistas: *El Sol* mencionó que doña Leona Vicario:

“apoderada y esposa” de Quintana Roo había solicitado escandalosamente, de S. E., el Presidente, el castigo de unos oficiales, á quienes ningún cargo se podía hacer, “á menos que se quisieran castigar intenciones”.

Como era de esperarse, no se quedó callada y mandó un comunicado, en el cual negaba que hubiese pedido con escándalo o de cualquier otro modo que fuesen castigados los oficiales; que no lo habría solicitado ni en el caso de que “los referidos señores hubiesen completado un crimen”, pues sus ideas y sentimientos no estaban por pedir venganzas de los agravios que se le hacían; tampoco era cierto, manifestaba, que su marido la hubiese nombrado su apoderada,

porque no teniendo frenillo ni pepita en la lengua que le impida defenderse, lo hará mejor que yo cuando le parezca oportuno, y á mí no me gusta defender á quien está en estado de poderlo hacer por sí mismo.

Doña Leona remitió con su comunicado una relación sencilla de los acontecimientos, en comprobación de la cual invocaba el testimonio intachable de los señores Goribar y Carrera.

Como *El Sol* se abstuvo de publicar ambos documentos, porque desacreditaban a Bustamante y a Codallos, y continuó su descortés

tarea de zaherir a Leona, ya presentándola “con lanza y á caballo”, cual un Quijote de enaguas, ya asegurando que había abrigado temores fantásticos; doña Leona tuvo que publicar en *El Federalista* el comunicado y la relación que había dirigido a *El Sol*.

Días después *El Federalista* publicó una larga relación de lo sucedido suscrita por doña Leona. Ello dio lugar a una andanada en la prensa en la que intervinieron *El Sol*, *El Registro Oficial* y el propio secretario de Relaciones, Lucas Alamán, quien era el líder del partido en el poder, a quien Quintana Roo acusaba de “querer ultrajar un nombre respetable”.

Justo terminé de leer el documento cuando tocaron la puerta para invitarme a tomar un catalán antes de la cena. Dije que bajaría en un momento. Me iba a ir bien ese rato de solaz después de estar inmersa en tanto papeleo; me puse un vestido más abrigador porque había bajado la temperatura, me recogí el pelo, eché un chal en la espalda y bajé a tomar el licor. Cleofas, la hija, tocaba el piano y después comentamos las noticias recientes con la familia y con don Teófilo, el huésped que siempre estaba muy bien informado.

Después de la cena me retiré para seguir con la afrenta de Lucas Alamán. Antes de relatarla es importante recordar quien ha sido este hombre tan debatido.

De origen guanajuatense, nació en el seno de una de las familias españolas más adineradas y de alcurnia; su madre era descendiente de los marqueses de San Clemente. Cuando los insurgentes tomaron Guanajuato, aunque las propiedades de la familia no

fueron afectadas, hubo muchas muertes y saqueo, por lo que Alemán aborrecía a Hidalgo y el movimiento independentista.

Estudió en el Real Seminario de Minería de la Nueva España, seguramente una de las razones por las que emprendió ambiciosos negocios en ese campo, pero fracasó económicamente como en muchas otras empresas que llevó a cabo. Sin embargo, fue prolífico como escritor y tuvo mucho éxito en la política, ya que durante más de 30 años llegó a tener posiciones muy importantes y adquirió gran influencia en varios gobiernos, entre otros, en el último de Santa Anna.

Fue fundador y principal organizador del Partido Conservador en México, enfoque que prevalece en los cinco volúmenes de su *Historia de México*. En una ocasión ocupó el Poder Ejecutivo en



Linus Hamary

Don Lucas Alamán,
fundador y principal organizador
del Partido Conservador en México.



un triunvirato; creó el primer banco y se afirma que conspiró contra Guerrero, contribuyendo a su muerte.

De semblante adusto y porte arrogante, lo conocí en un evento en la Lonja. Llegó cuando yo charlaba con algunos escritores de renombre, los saludó, me presentaron y después platicó un rato con el grupo sin dirigirse nunca a mí, ni con la mirada. Lo estuve observando mientras departía con otras personas y advertí la misma actitud de desdén hacia otras mujeres. Por lo tanto, no era de extrañar el ruin comentario que hizo de doña Josefa. Una mujer que siempre demostró un valor del que él careció.

Volviendo al asunto de los ataques contra doña Leona, la discusión entre los periódicos gobiernistas y *El Federalista* pareció morir ahí; pero unas semanas después, al rebatir un artículo que ese diario publicó en contra del ministro de Relaciones, Lucas Alamán, mencionaba maliciosamente que doña Leona había recibido

casas y haciendas [en pago de unos créditos], merced á cierto heroísmo romanesco, que el que sepa algo del influjo de las pasiones, sobre todo en el bello sexo, aunque no haya leído á Madame de Stael, podrá atribuir á otro principio menos patriótico.

Indignada y dolida doña Leona le replicó en una carta que publicó en *El Federalista*:

[...] que ya otra persona había querido ver sólo un efecto de amor en sus servicios á la patria, y que ella imprimió una vindicación con

documentos intachables que destruían por completo semejante falsedad, por lo cual esa persona tuvo que retractarse públicamente; que, á pesar de que entendía que Alamán no ignoraba esto, le remitía un ejemplar de dicha vindicación para el caso de que lo hubiera olvidado [...]

Respecto de las casas que la nación le cedió, expresó que las había tomado por su valor, que era mucho menor a lo que le había sido confiscado.

Copié uno de los párrafos más significativos de la carta porque es muy larga, pero nos permite apreciar su valor y carácter:

Mi objeto en querer desmentir la impostura de que mi patriotismo tuvo por origen el amor, no es otro que el muy justo deseo de que mi memoria no pase a mis nietos con la fea nota de haber yo sido una atronada que abandoné mi casa por seguir a un amante... Todo México supo que mi fuga fue de una prisión, y que ésta no la originó el amor, sino el haberme apresado a un correo que mandaba yo a los antiguos patriotas... Confiese usted, señor Alamán, que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: que ellas son capaces de todos los entusiasmos, y que los deseos de gloria y libertad para la patria no les son unos sentimientos extraños; antes bien suelen obrar en ellas con más vigor. Son más desinteresados y parece que no buscan más recompensa que la de que sean aceptados.

Si Madame de Stael atribuye algunas acciones de patriotismo de las mujeres a la pasión amorosa, esto no probará jamás que sean incapaces de ser patriotas... Por lo que a mí toca, sé decir que mis acciones y opiniones han sido siempre muy libres, nadie ha influido absolutamente en ellas, y en este punto he obrado siempre con total independencia, y sin atender a las opiniones que han tenido las personas que he estimado. Me persuado de que así serán todas las mujeres, excep-

tuando a las muy entupidas y a las que por efecto de su educación hayan contraído un hábito servil. De ambas clases hay también muchísimos hombres.

Dos días más tarde recibí una invitación para ir el siguiente sábado a la hacienda de Ocotepec. Me entusiasmó la invitación, quería conocer ese lugar donde se sentía tan feliz.



La gran cocina de la hacienda de Ocotepec.

La hacienda de Ocotepec

A las cuatro de la mañana llegó un carruaje para llevarme a la Plaza de Santo Domingo de donde partiríamos a las cinco en punto. Pasé a la casa mientras los cocheros acomodaban el equipaje en los coches y un gran carruaje jalado por seis caballos. Mientras tomaba un chocolate caliente me enteré que pertenecía a la familia Adalid. El señor tenía varias haciendas pulqueras, y dicen que alrededor de 100 pulquerías de la ciudad son de su propiedad; se cuenta que es de los hombres más ricos de México. Su hija Amelia es muy amiga de Genoveva y nos va a acompañar con su esposo e hijos, que son de la edad de los nietos de doña Leona. También venían al viaje el cónsul belga con su esposa suiza, don Carlos María de Bustamante y la “Chatita”, su esposa.

Salimos de la ciudad por la puerta de Guadalupe y pasamos frente al santuario de la virgen más venerada del país. Nos enfilamos por unas llanuras pantanosas que se habían desecado del gran lago de Texcoco, del cual todavía puede verse una gran porción hacia el este. Atrás se levantaban majestuosos los volcanes, entre los cuales, en esos momentos, comenzaba a salir el sol con deslumbrantes tonalidades de rosas a naranjas: un espectáculo imponente.



Mapa de la región de México-Tenochtitlan antes de la llegada de los españoles.

Los glifos se agregaron de acuerdo con la documentación publicada por don Antonio Peñafiel. Col. Biblioteca MAP.

Más adelante vimos a los lejos las pirámides de Teotihuacan, visita que tengo pendiente, aunque creo que no es fácil recorrerlas. Parece que a los pobladores les da desconfianza que lleguen extraños, porque temen que los expulsen de sus tierras para convertirlo en un paseo público.

Cerca del mediodía llegamos a Zoapayuca, un caserón medio abandonado con una fértil huerta, que pertenece a una de las haciendas de Adalid. Ahí nos esperaba un abundante almuerzo acompañado con un excelente pulque, como el que beberíamos el resto del viaje.



La pirámide del Sol frente occidental, San Juan de Teotihuacan, Estado de México.

En Hugo Brehme, *México pintoresco*, fotografía publicada en Alemania por la Casa Wasmuth Verlag, 1923, México, Miguel Ángel Porrúa, 1990.



Fachada y patio interior de la hacienda pulquera de Ocotepec
en el municipio de Apan, Hidalgo.

Al caer la tarde llegamos a Ocotepec; la sobria fachada no permite imaginar los interiores. Al cruzar la entrada se penetra a un enorme patio empedrado al que dan ventanas con balcones de hierro forjado. Ahí nos dejaron frente a la entrada principal de la casa. El interior tiene grandes espacios: dos salas; comedor; la biblioteca; capilla; dos amplias terrazas, una de ellas cubierta por ventanales; dos cocinas, la principal con anafres de carbón y la de humo, para hacer tortillas, y muchas habitaciones.

Todo es espacioso, con techos altos envigados y un primoroso jardín interior. Cenamos en la gran mesa para 24 personas, iluminada con grandes candelabros distribuidos a lo largo de la

mesa, donde ya estaban colocadas las salseras de porcelana con salsas verde, roja y una que llaman borracha, que se hace con pulque y chile pasilla, ésta, es especial para la barbacoa que almorzaríamos al día siguiente.

Nos despertaron temprano el canto de los gallos; poco después llevaron a la habitación chocolate caliente y una variedad de panes y jaleas. A las 10 llamaron al almuerzo que inició con un consomé de la barbacoa que vimos cómo se sacaba de un gran hoyo cubierto de grandes hojas de maguey, que la fueron abriendo una a una, mientras salía el vapor hirviendo de las brasas que habían cocinado el borrego a lo largo de la noche. Es la mejor carne que he probado, con un sabor incomparable y una suavidad que se desbarata en la boca.

Al terminar el almuerzo que, por supuesto, estuvo acompañado de pulque que trajeron directo del tinacal, fresco y ligero, varios de los concurrentes fueron a hacer un recorrido a caballo por los alrededores, y doña Leona ofreció mostrarme la hacienda. Recorrimos los corrales donde crían ovejas para la venta, el de las gallinas, las caballerizas y el tinacal donde se fermenta el pulque en grandes recipientes.

Después caminamos por los sembradíos de maguey, y pude observar cómo trabajan los tlachiqueros, que son los hombres que extraen el aguamiel que se va fermentar en pulque. Es notable su habilidad: quita una piedra del corazón de uno de los magueyes que previamente raspó y, valiéndose del acocote —que es una gran



Imagen del
tlachiquero
con su acocote.
Fotografía de
Hugo Breheme.



Imagen de una pulquería de época (1860),
“El Recreo”. Puede observarse que uno
de los charros y su peón transportan
el pulque en una odre: piel de cochino
debidamente cosida que presenta
hasta las manos y piernas del animal.
De ahí la mexicanísima exclamación:
“andas hasta las manitas”.

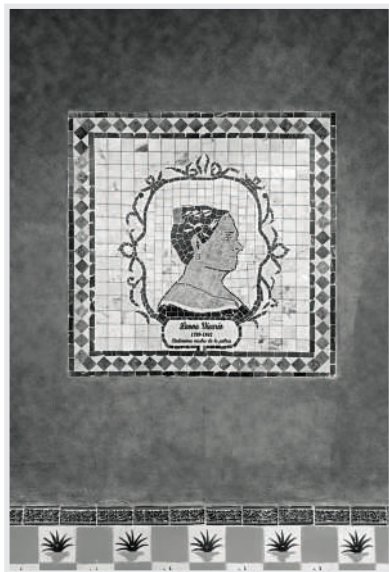
calabaza alargada, ya seca—, succiona el aguamiel y lo deposita en unas barricas que carga un burro. Lo probé recién extraído y es transparente y muy dulce.

Al terminar el paseo, doña Leona me propuso sentarnos en el jardín para tomar un curado de guayaba recién preparado y platicar de su actividad en la hacienda. Confirmé que ella es quien la maneja, porque en varias ocasiones el administrador —quien vive ahí— se acercó a pedirle instrucciones y está enterada de todo.

Me contó que estaba peleando el embargo, que consideraba injusto, de unas ovejas que valían más de 700 pesos, y que se había quejado personalmente con don Valentín Canalizo, quien era el gobernador del Estado de México, a cuya jurisdicción pertenece la hacienda.

En la comida don Carlos María de Bustamante recordó que se cumplían 10 años de la expedición, por parte del Congreso del Estado de Coahuila y Tejas, de un decreto que establecía que los eminentes servicios prestados por doña Leona a la causa de la Independencia habían despertado ya un sentimiento común de gratitud nacional. Por tanto, habían aprobado “por aclamación” durante la sesión del día 2, que la villa del Saltillo se denominara en adelante ciudad de “Leona Vicario”.

Sin embargo, ya aprobado surgió una serie de obstáculos para su promulgación, entre otros, se aducía que ese reconocimiento sólo podía otorgarse póstumamente, y que por fortuna doña Leona seguía con vida. Así es que no se llevó a cabo, pero la



Placa de talavera que adorna una de las paredes del patio de la hacienda de Ocoatepec. Fotografía Rodrigo Óscar Rivera Meneses, INEHRM.



Alameda de Saltillo, Coahuila, *ca.* 1900, ciudad llamada de “Leona Vicario” por decreto del Congreso del Estado en 1827. Acervo INEHRM.

llenaron de alabanzas y la compararon con el “árbol bueno, cuyos frutos le han dado a conocer dentro y fuera de la República”. Con su buena memoria, Bustamante recordó que finalmente el Congreso se congratuló de que no hubiese muerto; hizo votos para que Dios le conservara la vida “muchos años para satisfacción de su nación que la idolatra, honra de su sexo y ejemplo de constancia y patriotismo”.

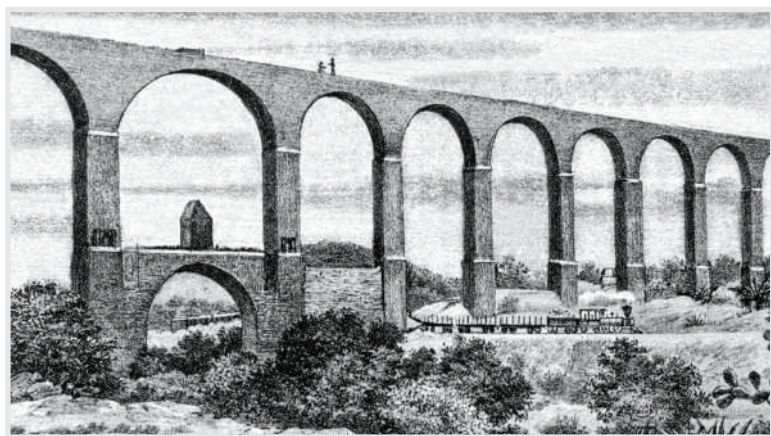
Eso llevó a que Genoveva platicara orgullosa que, en 1830, un grupo de señoras toluqueñas solicitó al gobierno del estado que la ciudad capital se nombrara Toluca de Leona Vicario.

Comentó que, aunque la iniciativa no prosperó, quedó claro que muchas mexicanas de la época consideraban a Leona una mujer valerosa y ejemplo de valiente conducta femenina.

Doña Leona sonrojada declaró:

—Bueno, bueno ya es suficiente. Mejor que Birgett —la esposa suiza del cónsul belga— nos platique cómo ha sido su experiencia en tierras mexicanas.

Los siguientes días fueron de mucha actividad: días de campo, juegos, una corrida de toros, paseos. Uno en particular me fascinó: la visita al acueducto del padre Tembleque. Mide 50 kilómetros, atraviesa cerros y cañadas, y surte agua a varias poblaciones; se considera el más largo del mundo. En su parte más alta tiene 40 metros de altura, con tres pisos de arcos, es todo de piedras de hermoso colorido, y se hizo en el siglo XVI: ¡inconcebible! Dirigió la construcción un humilde fraile, fray Francisco de Tembleque, y sin duda es una obra de ingeniería y arquitectura de agua única en su género.



El acueducto del padre Tembleque
abarca los estados de Hidalgo y México.

El día anterior al regreso a la Ciudad de México, sentada al lado de doña Leona en el patio, después de la comida, observábamos a los niños y jóvenes jugar charadas. Don Andrés y los señores invitados al otro lado del jardín fumaban cigarros puros y bebían coñac. El ambiente era de placidez y contento, y eso expresaba el rostro de doña Leona.

—¡Qué bonita familia, qué lugar tan hermoso y qué amistades tan agradables! ¡Cómo le agradezco que me haya invitado a compartir estos días aquí, ha sido de mis experiencias más maravillosas! —le expresé muy sinceramente.

—Ha sido un gusto que nos acompañe, Marina, ya ve por qué aquí soy tan feliz. La verdad es que finalmente, a pesar de tantas batallas y pesares, ha sido una buena vida y ahora estamos recogiendo los frutos.

”Aunque el país me preocupa. Seguimos divididos y esto puede tener un mal fin. Ya ve cuántos hay que tienen los ojos en el extranjero esperando que nos vengamos a organizar, o sea, perder nuestra independencia que tanta sangre y dolor costó. Pero... esas batallas ya les tocarán a otros.

Al día siguiente la familia Adalid, el cónsul y su esposa nos regresamos en el gran carruaje. Veníamos agotados pero felices. Como le dije a doña Leona fue una experiencia única en mi vida.

El retorno

Al regresar a la Casa de huéspedes me encontré con una carta de mi hermana, donde me anunciaba que mi madre había tenido una caída y se había fracturado un brazo y una rodilla. La esperaba una larga recuperación y me pedía que fuera a ayudarla.

De inmediato me trasladé a la empresa de viajes para ver cómo podía llegar a Boston de la manera más rápida, y a las diligencias para ver qué días salían hacia Veracruz. Ahí tomaría el barco para llegar a La Habana y, después de unos días de descanso, tomar otro barco para llegar a Nueva York, y de ahí en tren a Boston. Me esperaba un largo viaje.

Comencé a empacar y a despedirme de algunas amistades. Desafortunadamente doña Leona seguía en la hacienda, pero le dejé una carta dándole las gracias por todas las atenciones y afecto que me dispensó. Le expliqué que el libro lo escribiría en Boston, y cuando tuviera un primer borrador vendría a México, si la salud de mi madre lo permitía, para que lo revisara antes de publicarlo. Seis días más tarde emprendí el viaje.

Corregido 47

En el nombre de Dios

Nuestro Señor. Todé poderoso, y de la bien aventurada siempre virgen Maria. Amen. Votone y manifeste sea á los q' d' presente viere como yo M.^a Leona Vicario, natural de esta Capital de Mexico, hija legitima de D.^{no} Gaspar Vicario y de D.^{na} Camila Fernandez de P. Salvador mis padres ya difuntos q' Santa Gloria hayan. Estando en p^{re} sentada salud, en mi entera fuere y cumplida memoria y entendimiento natural, de q' doy á su Divina Magestad las mas rendidas gracias, oyendo, como fomentos con el Altisimo Misterio de la Santissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero: que la seguridad encarno en las providencias entradas de Nuestra Señora la Virgen Maria, quedando Virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto, y en todas las demas misterios articulos y Sacramentos q' ore y confiese. Nuestra Madre la Santa Iglesia Catolica Apostolica Romana, vasa de cuya fe y creencia he vivido y pretendo vivir y morir como Catolica y q' el cristiano q' soy, eligiendo por mis intereses y abogados á la Soberana Reina de los Angeles Maria Santissima. Nuestra Señora. á su castisimo Esposo el Patriarca Señor San Josef, el Santo Angel de mi Guardar. Santos de mi nombre y devocion, y demas de la Corte Celestial para q' intercedan con Nuestro Señor Redentor q' por los meritos de su sacratissima vida, Pasion y muerte, perdone mis pecados, y lleve mi alma á gozarme en las eternidades de la Gloria. Temerosa de la muerte, natural y forzosa á toda Criatura, y su hora incierta para que ella no me atale sin la provisiones necesarias tirantes al descargo de mi conciencia he delineado algar mis testamento

Primera página del testamento de Leona Vicario que otorgó ante el escribano público don Manuel Orihuela el 30 de marzo de 1839. Documento tomado del libro de Genaro García, *Leona Vicario. Heroína insurgente*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910. Col. Biblioteca MAP.

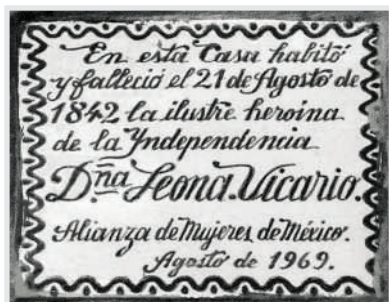
Boston, 17 de septiembre de 1842

Ayer recibí una carta de Genoveva —la hija mayor de doña Leona—, participándome el fallecimiento de su madre el día 21 de agosto. Murió tranquila a sus 53 años, como consecuencia de una infección intestinal muy severa que se la llevó en menos de una semana.

La noticia me causó un fuerte impacto y dolor; se veía tan sana y feliz la última vez que la vi, hace poco más de un año en su amada hacienda de Ocotepec. Me consuela saber que estuvo rodeada de sus seres queridos, y que le dieron todos los auxilios espirituales que para ella eran tan importantes.

Siempre fue muy religiosa y nunca perdió la fe, aunque una vez me confesó

que hubo momentos —cuando estaban en la miseria, en medio del campo, perseguidos y hambrientos— que pensó que Dios la había abandonado.



Placa de la casa donde habitó y murió Leona Vicario, hoy República de Brasil núm. 37, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Fotografía Rodrigo Óscar Rivera Meneses, INEHRM.



Imagen actual de la casa donde habitó y murió Leona Vicario,
hoy República de Brasil núm. 37, Centro Histórico de la Ciudad de México.
Fotografía Rodrigo Óscar Rivera Meneses, INEHRM.

Era muy caritativa; en una de las casas alojó al padre Sartorio en sus últimos años, y dio asilo a muchos pobres. Me contaron que sus alhajas se las había donado tiempo atrás a la virgen de la Capilla del Rosario de Santo Domingo.

Don Carlos María de Bustamante, quien tanto la quería, la llamaba “el ornamento de su seco [*sic*] y la gloria de su patria”.

Después me enteré que el cuerpo fue llevado, primeramente, al templo de Santo Domingo, donde se le hicieron solemnes honras fúnebres, y de ahí al panteón de Santa Paula para su inhumación. Presidió los funerales el presidente de la República, don Antonio López de Santa Anna, y concurrieron incontables personas de todos los ámbitos.

Es la primera mujer a la que se han hecho funerales de Estado. Los periódicos dieron la noticia del fallecimiento con sentidas frases de condolencia, y elogiaron ampliamente sus excelsos méritos. Cuatro días más tarde fue nombrada “Benemérita y dulcísima madre de la Patria”. Me emocionó profundamente. Espero que en el lugar en



que se encuentre su espíritu se entere de tantas muestras de cariño y reconocimiento que no recibió en vida.

Antonio López de Santa Anna.

No tengo la menor duda de que su imagen irá creciendo en el tiempo, que siempre va a ser un modelo de valor, entereza y entrega para hombres y mujeres; pero para estas últimas es particularmente importante, porque nos demostró que las mujeres tenemos la fuerza para librar las batallas que sean necesarias para alcanzar nuestros ideales.

LA ILUSTRE HEROINA INSURGENTE
DOÑA LEONAVICARIO DE QUINTANA ROO

MURIO
EN LA RECÁMARA DE LA ESQUINA
DE ESTA CASA
A LAS NUEVE DE LA NOCHE
DEL 21 DE AGOSTO DE 1842.



LA COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA
CONSACRA ESTE RECUERDO
A SU MEMORIA
9 SEPTIEMBRE 1910.

Índice

El primer encuentro	9
Los progenitores	15
La independencia de la joven Leona	17
Inicio del movimiento insurgente	21
Andrés Quintana Roo	27
La leyenda de don Juan Manuel	29
San Juanico y la traición	37
La prisión en el Colegio de Belén	41
La huida	45
El encuentro con Quintana Roo y Morelos	49
El matrimonio, Oaxaca y Chilpancingo	53
La muerte de Morelos y la desbandada	65
A salto de mata y la Constitución	75
La Güera Rodríguez	81
La confiscación	83
El paseo de La Viga	85
Carlos María de Bustamante	89
La fuga y Erongarícuaro	91

El parto en una cueva	97
El indulto.....	101
Vida en Toluca y la restitución.....	105
Pleitos sin fin: Anastasio Bustamante y Lucas Alamán....	113
La hacienda de Ocotepéc	121
El retorno	131
Boston, 17 de septiembre de 1842.....	133

El proceso editorial de la obra
Las batallas de Leona
se terminó en la Ciudad de México durante
el mes de junio del año 2021. La edición impresa sobre papel de
fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos
estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica
de la casa editora.



ISBN 978-607-99100-0-6



CÁMARA DE
DIPUTADOS



MAPORRÚA



La
Historia

La vida de Leona Vicario, heroína de la independencia nacional, es narrada por la maestra Ángeles González Gamio, quien a manera de biografía novelada se basa en una serie de entrevistas realizadas por un supuesto personaje, que labora en uno de los diarios de la ciudad de Boston y que con fluida y amena prosa relata con rigor histórico *Las batallas de Leona* las que, nutridas por una serie de experiencias personales, se corresponden con la cotidianidad que las mujeres del México actual enfrentan en pleno siglo XXI.

Inquieta y congruente con su postura como cronista del Centro Histórico de la Ciudad de México, la autora nos sorprende al entrelazar el relato con varios sucesos que caracterizaron la conformación de una sociedad que demandó la lucha plena de ideales, por una nación que buscó ser considerada libre e independiente.